

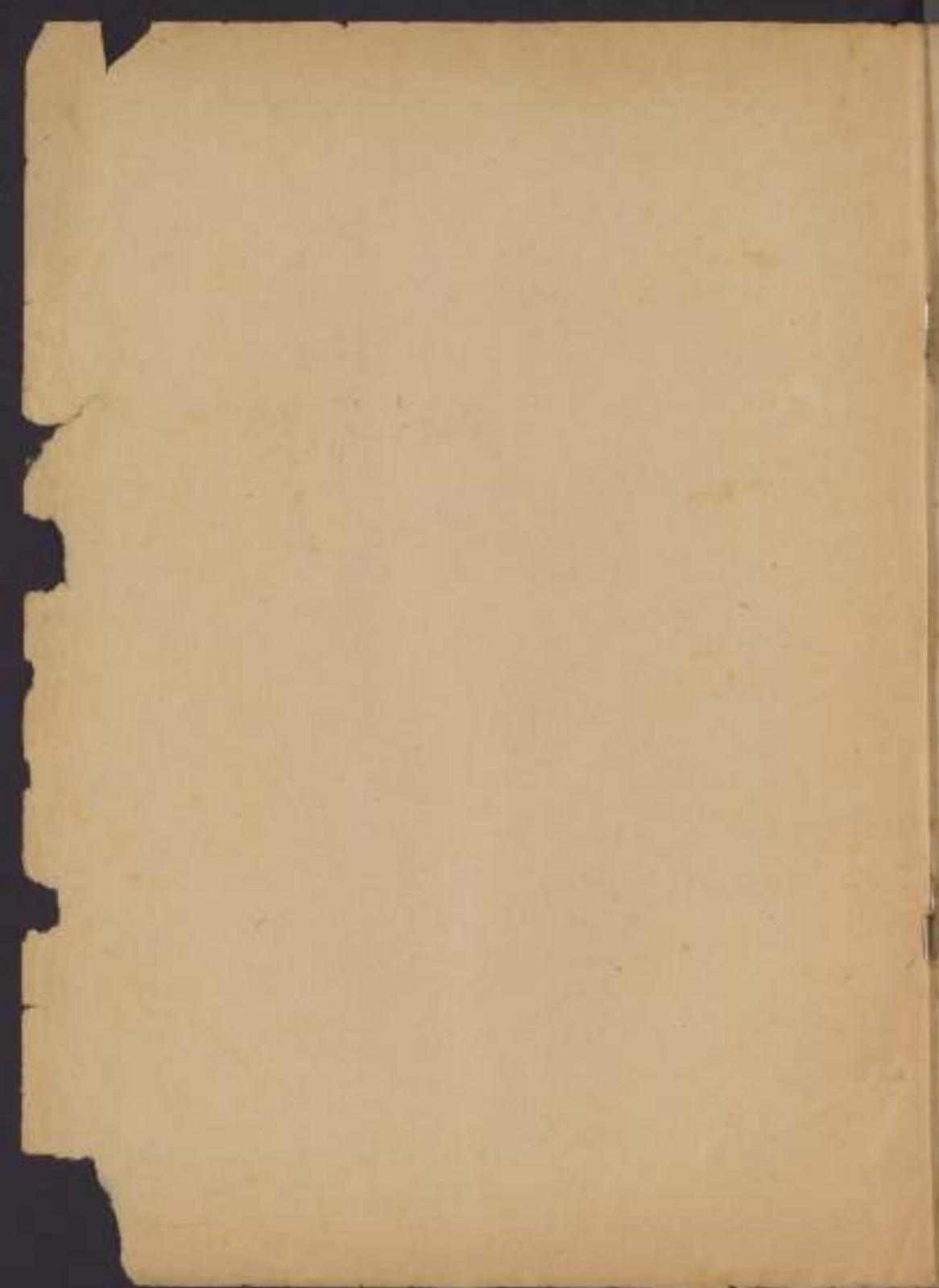
Sueño de amor eterno

1'25
pta.



Sary Cooper
y Cenn
Harding

EDICIONES BIBLIOTECA FI





SUEÑO
DE
A M O R
E T E R N O

Reservados los derechos de
producción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbareda, 16; Barcelona - Cañizal, 3; Madrid

EDITORIAL
AUS

Publicación semanal

Año XIII

Núm. 246

Sueño de amor eterno

Galantería, pasión y poética lealtad, de grandeza sin igual, como el fruto del cariño infantil de dos nobles corazones que en edad muy temprana son separados por azares de la vida, es lo que nos ofrece esta novela de dulce y exaltado romanticismo, en cuyas páginas vibra intensamente una emoción que adormece el alma por su dulzura y por la exquisitez de su poesía.

PRODUCCIÓN



DIRECTOR:
J. M. MESSERI

Teléfono 75005

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Peter Ibbetson	GARY COOPER
Mary, la duquesa	ANN HARDING
El duque de Towers	John Halliday
Agnes	Ida Lupino
Coronel Forsythe	Douglas Dumbrille
Mimsey	Virginia Weidler
Gogó	DICKIE MOORE

Basada en la novela
"PETER IBBETSON"
de
GEORGE DU MARIER

Dirigida por
HENRY HATAWAY

Narración en forma de novela de
MANUEL NIETO GALÁN

SUEÑO DE AMOR ETERNO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

AMOR DE NIÑOS

A mediados del siglo pasado existía cerca de París un pequeño pueblecito, Passy, en el cual vivían muchas familias inglesas.

El desarrollo de la capital fué tragándose como un monstruo insaciable todos aquellos poéticos alrededores de la ciudad y los bellos y exuberantes campos sufrieron el zarpazo de la civilización que los iba transformando en calles alineadas y convirtiéndose, poco a poco, en una parte más de la inmensa capital de Francia.

La proximidad de Passy a París dió lugar a que el romántico pueblecito se viera tragado por el monstruo y que en pocos años no quedara de él ni vestigio de lo que fué. Pasó el tiempo, desaparecie-

ron las cosas y los seres que habitaron el pequeño pueblo, pero quedó viva en la mente de todos una bella historia de amor y de dolor que el autor de esta obra hizo nacer y vivir en Passy.

Allá a mediados del siglo pasado, vivían en el pueblo dos familias inglesas de buena posición. Eran dos mujeres que habían quedado viudas y que encerraban en sus casitas campestres el recuerdo de las ilusiones pasadas de su juventud, el dolor de la hora presente y el cariño a cada uno de los niños que les había quedado de su matrimonio.

Las casas de estas dos viudas lindaban entre sí y solamente separaba sus jardines una verja de hierro tras la cual jugaban diariamente los dos pequeños. Una de ellas era la señora Mother, ma-

dre de un simpático muchacho que contaría a la sazón unos ocho años y a quien ella llamaba cariñosamente Gogó.

A pesar de su corta edad advertíase en Gogó un carácter taciturno y firme, como el de un ser capaz de realizar cuantas empresas se propusiera. Era listo, aficionado extraordinariamente a la arquitectura, indicio prematuro de cuáles habían de ser sus posteriores inclinaciones.

La otra casa estaba habitada por la señora Agnes, dama cariñosa y noble, y madre de una preciosa chiquilla llamada María. Sin embargo, nadie la llamaba por este nombre y la pequeña respondía siempre por Mimsey, diminutivo de María.

Entre los dos pequeños, que siempre habían vivido juntos, existía esa sincera amistad infantil que perdura a través de los años, sin que esto fuera tampoco obstáculo para que muchas veces tuvieran sus pequeñas rencillas por las razones más importantes que a la edad de ellos existía, o sean los juegos.

Los dos muchachos solían pasarse a través de los barrotes de las rejas de un jardín a otro y allí realizaban sus juegos y allí tam-

bién se iban formando sus almitas.

Desde la muerte del padre de Gogó, su madre había adquirido una de esas enfermedades que no perdonan jamás, y en aquellos días grises de otoño la dolencia de la pobre señora se había acentuado grandemente, obligándola a un reposo continuado que presagiaba un desenlace fatal no muy lejano.

Pero el pequeño, con esa inconsciencia propia de su edad, no podía darse cuenta del estado de su madre y todos los días bajaba al jardín para jugar en compañía de Mimsey. Aquella mañana, sin embargo, el juego se había trocado en una gran disputa por la posesión de unas tablas con las cuales la pequeña quería hacer una casita para su muñeca, mientras que Gogó las necesitaba para hacer un carrito.

Aquella discusión llegó a tal extremo que Gogó se encerró en su casa sin querer continuar en el jardín en compañía de Mimsey, y su madre, extrañada de verlo allí, le preguntó:

—¿No vas al jardín, Gogó?

—¡No quiero salir!—respondió el pequeño, malhumorado.

La madre comprendió que entre los dos pequeños debía haber

ocurrido algo y le preguntó nuevamente:

—¿Por qué?... ¿Qué te ha pasado?

—Mimsey está en el jardín y he reñido con ella.

—¿Y por qué has reñido?—inquirió la buena señora.

—Porque yo quiero hacer un carrito y Mimsey quiere hacer una casita—le explicó el niño sin abandonar su aire de malhumor.

La buena señora, que aquel día se encontraba más dolorida que nunca de su enfermedad, intentó reconciliar a los pequeños y le dijo:

—¿Y por qué no hace cada cual lo que quiere?

Gogó miró a su madre con cara de extrañeza, como si estuviera convencido de que ella debía saber la causa y le respondió:

—Pues porque ella tiene las tablas.

—Pero hay un medio para arreglarlo todo—le dijo su madre—. Repartíroselas.

—Tampoco serviría eso—exclamó Gogó, terco en su idea de hacer lo que él quería—. Necesito todas las tablas. Un carrito requiere todas las tablas... más que una casita de muñecas...

La criada y mujer de compañía de la madre de Gogó puso térmi-

no a la conversación, al darse cuenta de que la pobre viuda no estaba en estado de discusiones, y ordenó al chiquillo muy energicamente:

—No molestes a mamá... Sal a fuera a jugar.

Gogó, sin atreverse a discutir aquella orden, bajó la vista al suelo y respondió entre dientes:

—Está bien... Saldré... Pero no hablaré más con ella en la vida.

Y esta misma discusión que Gogó había tenido con su madre, la tenía también Mimsey con la suya, quien le aconsejaba ser generosa y le decía:

—Sé generosa, Mimsey, y dale algunas tablas.

—¿Es que él las quiere todas!—replicó la niña, insistiendo en su negativa.

La madre de Mimsey hizo que se acercase a ella y acariciándola maternalmente le dijo para terminar de convencerla:

—No riñas con Gogó... Su mamá está muy enferma y tenéis que ser muy buenos amigos.

—Está bien—aceptó la pequeña ante aquel razonamiento—. Voy al jardín, pero nunca más quiero verlo... ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Y mientras salía hacia el jardín iba hablando consigo misma

y diciendo refiriéndose a Gogó:

—¡Es feo!... ¡Es egoísta!... ¡Es un viejo cascarrabias!

Nuevamente se encontraron en el jardín y no pudieron contenerse ni uno ni otro para volver a comenzar sus juegos. Los dos llevaban el propósito de ceder en sus exigencias, aunque en realidad era muy diferente de sus propósitos.

Mimsey, después de hacer pasar por la verja a Gogó le entregó la tabla más grande que tenía y le dijo para reconciliarse con él:

—Tén esta grande.

—Una sola no sirve — le dijo Gogó—. ¿Qué quieres que haga con una sola tabla?

—Como es grande — le explicó la pequeña —, puedes hacer dos... Haz el carrito más pequeño.

—Tú qué sabes de esa — le respondió Gogó dándose tono de superioridad.

—Pues ayúdame antes a hacer mi casita — le pidió ella.

—Una casita de muñecas no sirve para nada — exclamó Gogó.

—¿Y un carrito para qué sirve? — preguntó Mimsey.

—Un carrito sirve para acarrear cosas... Las cosas que uno quiera llevar de un lado para otro.

—Pero tú no puedes hacerlo... Te faltan ruedas.

Gogó miró para el cochecito donde Mimsey tenía colocada su muñeca y se fijó en sus ruedas... ¡Qué bien le vendrían aquellas ruedas para hacer su carrito!... Mimsey adivinó el pensamiento de su compañero y exclamó:

—Ya sé qué piensas.

El chiquillo molesto al darse cuenta de que había adivinado su intención, se encogió de hombros, respondiéndole:

—Podría comprar cien o mil ruedas, sin necesitar las tuyas.

Y al decir esto le dió un puntapié al cochecito, haciendo que la muñeca cayera al suelo y se le ensuciera la cara.

Mimsey recogió, llorando, su muñeca y nuevamente se peleó con Gogó diciéndole:

—No quiero jugar más contigo... Antes que jugar contigo, jugaría con cualquier otro niño de París.

—Y yo con cualquier otra niña. Ahora me voy a mi jardín y no me llames más.

—No me importa que te vayas — le dijo Mimsey.

El chico apretó fuertemente contra la palma de la mano los cuatro dedos, en tanto que mantenía el pulgar extendido, acción que solía hacer siempre que estaba enfadado y que a Mimsey le

hacia mucha gracia, y exclamó marchándose:

—No vuelvas a mi patio.

La acción de la mano volvió, como siempre, a llamar la atención de Mimsey, que lo detuvo diciéndole:

—Vuelve a hacer eso con la mano, Gogó.

El repitió la acción y ella muy interesada le preguntó, olvidando ya su discusión:

—¿Por qué haces esto? Todos lo hacen con este dedo—y señaló el índice—, pero tú no.

—Porque yo tengo esa costumbre... y además, lo hago porque quiero.

En aquel momento desde lo alto de la terraza de la casa de Gogó oyeron los pequeños que la señora que cuidaba de la madre del niño daba órdenes para que llamasen con urgencia al médico. El pequeño presintió que algo grave debía ocurrir a su madre y corrió a su casa para cerciorarse. La sirvienta lo detuvo, antes de entrar en la estancia en que se hallaba la enferma, sin dejarlo entrar, mientras que ella ayudaba a la viuda.

Cuando volvió al lecho de la enferma se dió cuenta de que era inútil que el médico viniese. La pobre señora había dejado de existir y, llorando amargamente,

cubrió el cuerpo de la buena mujer.

Gogó se dió cuenta de todo. En su infantil imaginación abarcó la tremenda desgracia que acababa de sufrir y, apoyado sobre los cristales de la terraza, lloraba amargamente y en silencio. No tenía en aquellos momentos una mano compasiva que viniera a secar su llanto. Su orfandad era absoluta y eran aquellas las primeras lágrimas de verdadero dolor que brotaban de sus ojos.

Mimsey había corrido tras él para hacerlo volver, mas al verlo llorar, se dió también cuenta y no se atrevió a llamarlo. Poco a poco fué bajando los escalones que conducían al jardín, sintiendo en su alma una angustia infinita. Adivinaba la desgracia de su amigo, y el cariño que por él sentía hacía que sus ojos se llenasen de lágrimas. Se ocultó tras un arbolito y silenciosamente compartió con su llanto el dolor de Gogó, sin que nadie lo advirtiera. De pronto tuvo un pensamiento. Debía consolar a su amigo y, para hacerlo, corrió a su jardín, cogió todas las tablas que tenía y las trasladó al de Gogó. Pensó que cuando éste las viera allí, la alegría que sentiría serviría de compensación a la desgracia que sufría en aquellos momentos.

LA SEPARACION

La muerte de la madre sumió a Gogó en una gran tristeza. Desapareció en él aquel aire infantil de su edad y la madre de Mimsey comprendió que aquel niño necesitaba de un afecto grande para sobrellevar la pena que experimentaba. Su buen corazón acogió al pequeño como si fuera otro hijo suyo y supo prodigarle cuidados maternos que el pequeño recibía con un agradecimiento inexpressado, pero verdaderamente sincero.

Ella misma se cuidó de escribir al coronel Forsythe, tío de Gogó, dándole cuenta de la muerte de la madre del pequeño para que él resolviese de la situación en que debía quedar el niño. A los pocos días el coronel, que vivía en Lon-

dres, escribió diciendo que se ponía en camino para resolver aquel asunto, y mientras tanto Gogó vivió tranquilamente en unión de Mimsey y de su madre.

Los dos niños tenían, además, un amigo común, que era el comandante Duquesnois. Era éste un viejo soldado de la época de Napoleón que vivía consagrado por completo a sus años pasados. El viejo militar había encontrado también en aquellos dos niños un auditorio propicio para escucharle todos los actos heroicos realizados en cuantas batallas había tomado parte y se pasaba la mayor parte del día con ellos refiriéndoles hazañas fantásticas de la época del emperador.

Una mañana se hallaba el co-

mandante Duquesnois sentado entre los dos pequeños, cuando llegó el coronel Forsythe y, antes de conocer a su sobrino, visitó a la madre de Mimsey. Después de hacerse reconocer, le expresó su agradecimiento por la solicitud que había tenido con su sobrino y le hizo saber su propósito de llevarse al niño a Londres para darle una educación adecuada a la sociedad en la que debía entrar. Para la madre de Mimsey la separación de los pequeños era una verdadera pena. Había llegado a tomar verdadero cariño al niño y sin atreverse a oponerse a los deseos del coronel le insinuó, no obstante:

—Mi deseo hubiera sido que se quedase con Mimsey...

—Lo siento, pero entre toda la familia hemos acordado llevarlo a Londres—respondió el coronel muy amablemente.

La madre de Mimsey comprendiendo que nada podía hacer para cumplir su deseo de retener al pequeño le respondió:

—Sea como usted dice... ¿Quiere verlo?

—Se lo agradecería—aceptó el coronel.

—Pues vamos al jardín, que debe estar allí. Tiene casi la misma

edad que mi hija y siempre están juntos.

Salieron al jardín y se acercaron donde estaban los niños. La madre de Mimsey llamó a Gogó y le dijo:

—Este señor es tu tío, que ha llegado de Londres.

Gogó se acercó al coronel y éste, después de examinarlo detenidamente, exclamó satisfecho de su observación:

—Bien, bien... Tienes los mismos ojos que tu madre. ¿A ver las piernas? ¡Estupendo! ¡Robustas y firmes! Bueno para el caballo... Serás un buen jinete.

El niño se dejaba observar con verdadera extrañeza, pues no comprendía a qué se debía aquel examen, hasta que el coronel siguió diciéndole:

—Y ahora a tu nuevo hogar... ¡Ya lo verás! ¡Te sorprenderá!

—¿No está en París?—preguntó Gogó en cuya imaginación el mundo entero se encerraba en la capital francesa.

El coronel se echó a reír y le respondió:

—No, hijo, no. Está a muchos kilómetros de París.

Gogó protestó diciéndole:

—Yo no quiero marchar de aquí.

El coronel cambió su sonrisa

por un aire de enérgica actitud y le reprendió diciéndole:

—Los niños son obedientes. Tendrás que hacer lo que se te ordene.

Gogó, instintivamente, se cogió a la manita de Mimsey, como queriendo impedir que lo quitasen del lado de su amiguita e insistió en su negativa diciéndole a su tío:

—Yo no puedo marcharme de Passy... Mimsey y yo nos queremos.

—¡Bah, bah!—repuso el coronel, sin dar importancia a aquel sentimiento de su sobrino—. El amor de niños pronto se olvida.

La madre de Mimsey intervino en favor del pequeño y mostró al coronel su disconformidad en apreciar aquel sentimiento infantil, diciéndole:

—Yo creo, coronel, que eso es lo último que se olvida.

Aquella tarde, después de comer, quedó todo preparado para la marcha de Gogó. El chiquillo se daba cuenta de que una nueva vida empezaba para él y en su alma presentía que nunca volvería a ser tan feliz como lo había sido en aquella casa. Incluso miraba a su tío con verdadero recelo, puesto que le acusaba de ser el culpable de sacarlo de allí.

Una vez preparado, por la mis-

ma madre de Mimsey, todo el equipaje del niño, el coronel volvió a expresarle su gratitud por el cuidado que había tenido con su sobrino y salió de la casa para tomar el coche que había de conducirle a París y, desde allí, emprender el viaje hacia Londres.

Pero no era solamente Gogó el que lloraba por aquel viaje, sino que Mimsey también se daba cuenta de la soledad en que iba a quedar después de la marcha de Gogó. Aquel día apenas si quiso comer y mientras que su madre y el coronel se despedían ella huyó al jardín para dar el último adiós a su compañero de infancia. Interiormente Mimsey sentía una pena que no podía contener. Le era imposible creer que hubiera un hombre tan malo, capaz de quitar de su lado a Gogó con quien ella pensó que viviría toda la vida.

De pronto oyó la voz del coronel y para que nadie se diera cuenta de que había llorado, se secó rápidamente las lágrimas y esperó cerca de la escalinata de la terraza a que pasara Gogó para despedirse de él.

Al pasar el coronel, llevando de la mano a Gogó, vio a Mimsey y le dijo a su sobrino:

—Vete a despedir de tu amiguita.

Gogó se acercó a Mimsey. Eran tantas las cosas que le hubiera querido decir, tantas las cosas que pensaba y que no sabía expresar, que durante unos minutos quedaron los dos niños frente a frente sin pronunciar una palabra.

Por fin Gogó rompió aquel silencio, tan doloroso para los dos y le dió la mano diciéndole:

—Mimsey, me voy, pero yo no te olvidaré... Me acordaré siempre de tí.

—Yo también pensaré en tí, Gogó—respondió ella—. Nunca, nunca jugaré con otro niño.

Otra vez quedaron silenciosos los dos pequeños. Para cualquier persona mayor que hubiera observado la actitud de los niños, no le hubiera sido difícil comprender cuánto dolor sentían en aquel momento. Eran dos vidas que habían crecido juntas, que habían tenido sus pensamientos al mismo tiempo, que habían comenzado a darse cuenta de lo que era la vida en una unión irrompible, y que de pronto una ráfaga del Destino separaba, ¡sabe Dios hasta cuándo!

Gogó nuevamente fué el que la dijo:

—¿Irás tú también a alguna parte?

—No—respondió ella. Yo siem-

pre me quedaré aquí, hasta que vuelvas.

Y en un arranque de rebeldía, de deseo de no moverse de allí, Gogó cogió de la mano a su amiga y huyó con ella para esconderse por el jardín.

Precisamente en aquel momento el coronel lo buscaba para marcharse, y al ver que no estaba su sobrino a donde lo había dejado, exclamó extrañado:

—¿Dónde se habrá metido?

Pero al cabo de unos minutos los vió que se habían subido a un árbol para ocultarse mejor. Durante la subida, el vestido de Mimsey se rasgó y la chiquilla, sin darle importancia al roto, lo único que procuró es que no los descubriesen.

Mas el refugio fué pronto descubierta por el coronel, quien le hizo bajar diciéndole:

—¡Ah, pillastre!

Gogó intentó resistir nuevamente. La idea de abandonar a Mimsey le atormentaba y exclamó medio llorando:

—¡Yo no quiero irme...! ¡Quiero quedarme aquí!

La madre de Mimsey lo miraba enternecida. Ella era madre también y no solamente comprendía el dolor del pequeño, sino la pena de su hija que a duras fuerzas

contenia el llanto, mientras procuraba ocultar el desgarrón que se había hecho en el vestido. A pesar de aquella oposición del niño, éste no tuvo más remedio que obedecer a su tío y subir al coche que los aguardaba.

Durante algún buen rato, ninguno de los dos cruzaron palabra. Gogó seguía con la vista fija en el jardín que la distancia iba empuqueñeciendo, hasta que finalmente desapareció por completo, quedando allí enterrada toda la niñez del huérfano.

Al cabo de media hora de marcha, el coronel le preguntó:

—¿Quién te puso el nombre de Gogó?

—Ella—respondió el pequeño. Y al decir ella, quiso decir Mimsey, como compendiando en aquella palabra todo el cariño que sentía por la niña.

—Tu verdadero nombre es Pierre, pero no me gusta—le dijo el coronel—. Tu madre era inglesa

y se llamaba Ibbetson... Tú llegarás a ser un caballero inglés del cual yo me sentiré orgulloso, y hay que pensar en otro nombre mejor.

—¡Ya lo tengo!... Te llamarás Peter y tomarás el apellido de tu madre, que es el de la familia... De ahora en adelante te llamarás Peter Ibbetson.

Gogó no respondió nada. Después de separarlo de Mimsey le importaba lo mismo que le diesen un nombre u otro. Para él lo único que tenía importancia era el estar al lado de ella y puesto que los alejaban, le podían llamar de la forma que mejor quisieran.

El coronel, satisfecho con el nombre que daba a su sobrino, lo repitió varias veces, mientras el coche corría hacia París, separando cada vez más a aquellos dos corazones que tanto se amaban.

Y así terminó el primer capítulo de la que había de ser la vida accidentada del nuevo Peter Ibbetson...

LONDRES

Para Gogó, convertido a su llegada a Londres en Peter Ibbetson, no fueron sus años de niñez tan plácidos como en el pequeño pueblecito de las cercanías de París. Recordaba con infinita ternura la dulce compañía de su amiguita y el recuerdo de ésta habíase quedado grabado en su mente con tal fuerza, que el tiempo no destruiría jamás. La vida sencilla que siempre vivió en unión de su madre, se había cambiado por la rígida etiqueta inglesa, que tan mal se avenía a su carácter y al comenzar su juventud, en esos años en que los hombres han de comenzar a formarse, empezaron también para Peter los primeros tropiezos con sus parientes. Influidos éstos por sus sueños de

grandezas, les hubiera gustado que Peter fuera uno de aquellos jóvenes que brillaban en la alta sociedad. Sin embargo él, dejándose arrastrar por sus aficiones de niño, prefirió ser ingeniero y entró a cursar sus estudios en una renombrada escuela de arquitectura.

La inteligencia y el talento del joven, no tardaron en desarrollarse y abrirse paso en su carrera, llegando a ocupar uno de los primeros puestos en la casa Throckmorton y Slade, en donde se le encomendaban los trabajos más difíciles. Tenía una perfecta visión de su profesión y sus iniciativas eran casi siempre aceptadas por Slade, que veía en él a uno de sus mejores colaboradores.

Pero, aun en aquella edad, cuando ya habían pasado tantos años desde su marcha de su Francia, Peter seguía viendo en sueños el romántico jardín de su casita de niño y la angelical carita de Mimsey.

Muchas veces abandonaba el trabajo y quedaba pensativo por unos minutos. Durante ellos volaba su imaginación en busca de Mimsey, de cuyo paradero no sabía nada. Bien es verdad que él no había vuelto a París, ni había sabido más noticia de la pequeña y un presentimiento interior le decía que Mimsey debía vivir todavía en París y que allí precisamente la encontraría.

Este recuerdo llegó a ser tan fuerte en él, que rehuyó la compañía de todos los jóvenes de su edad, y buscó un poco de sosiego a la agitación de aquel amor oculto en la febrilidad del trabajo.

Su carácter, de por sí taciturno, se empeoró todavía más, rehuyó las amistades de sus compañeros, y éstos terminaron por dejarle como cosa perdida. Sin embargo, Slade no abandonaba a aquel empleado, y procuraba tenerlo contento por todos los medios. A propósito de esto, una tarde, cuando había terminado ya el trabajo, uno de sus compañeros le invitó

a salir con ellos y Peter respondió:

—No, no salgo todavía... Es demasiado temprano.

—¡Qué va a ser temprano!— protestó el otro—. Deberías salir más a menudo con nosotros y dejarte de pensar en esas cosas tan raras que piensas. Londres es grande y la noche es larga.

Peter sonrió, entre compasiva y burlonamente. De sobras sabía él cuáles eran las salidas de sus compañeros.

El que lo había invitado, siguió diciéndole para animarle:

—Iremos a varios sitios que nos hará olvidar que estamos encerrado aquí.

Peter se negó a acompañarlos, diciéndoles:

—Sí, ya sé, comenzaremos bebiendo ginestra y terminaremos con dolor de cabeza.

El otro se encogió de hombros y respondió, con esa inconsciencia propia de la juventud:

—¿Y eso qué...? De alguna manera hay que principiar las juergas. ¿Vienes?

—Os lo agradezco, pero prefiero quedarme trabajando.

Su compañero, en vista de la negativa tan tenaz de Peter, hizo una seña a los otros dos amigos y se despidió de Ibbetson diciendo:

—Bueno, quédate, si quieres... Ya cerrarás tú la puerta.

Peter esperó a que salieran sus compañeros para volver de nuevo a su mesa de trabajo, sobre la cual había una maqueta de un castillo, cuyos planos se le había encomendado. El muchacho quedó durante unos minutos mirando su obra y al fin exclamó decepcionado por su trabajo:

—¡Esto es un mamarracho!... ¡No he conseguido hacer lo que quería!

Y desesperado de él mismo, cogió un trozo de madera de los que formaban parte de la maqueta y lo arrojó estrepitosamente contra el suelo.

Slade, que entraba en aquel momento, al oír el ruido, exclamó:

—¿Qué pasa?

—Perdone usted—le dijo Peter, estaba mirando esta maqueta y no estoy contento con mi trabajo.

Slade contempló el trabajo de su empleado y le respondió satisfecho de la obra:

—Me parece muy bien.

Peter lo miró extrañado, sin comprender cómo Slade podría encontrar aquel proyecto bien, y el arquitecto siguió diciéndole:

—Está todo muy bien resuelto... Buenas noches, Peter.

Peter le detuvo antes de salir

y le expuso el pensamiento que hacía días abrigaba:

—Me marchó, mister Slade... No quiero seguir aquí.

Su jefe se volvió rápidamente y le miró extrañado. Peter comprendió que debía darle alguna explicación, y le dijo:

—Estoy de Londres hasta la coronilla, y de proyectos, edificios y de todo lo demás.

Slade seguía mirándole con aire de verdadero asombro. Nunca podía imaginar que su empleado pudiera querer marcharse de donde era tratado con tanta deferencia, y Peter sin hacer caso del gesto de su jefe, siguió diciéndole:

—Me quiero marchar a América.

Slade le puso una mano sobre el hombro, y paternalmente le dijo:

—Peter, es usted mi mejor empleado y no puedo permitir que se marche. Piense usted que puede llegar a ser el mejor arquitecto de Londres... Lo que usted necesita es un descanso... Lo tiene bien ganado... Vaya unos días a París a divertirse...

Peter Ibbetson quedó unos segundos en silencio. La idea de ir a París le agradaba. Recordaba que allí había pasado sus primeros años, allí había dejado a Mim-

sey y que allí tal vez la pudiera encontrar otra vez.

Aquella actitud melancólica de Peter, aquel gesto de indiferencia hacia todo, pareció iluminar el cerebro de Slade, que le preguntó:

—¿Está usted enamorado?

El muchacho se encogió de hombros y respondió, sin poder dar una contestación categórica:

—No lo sé.

—Pues sea lo que sea, hay que ser fuerte—siguió diciéndole Slade—. El ser feliz está en uno mismo... Es una vergüenza que un joven como usted se deje vencer por el pesimismo... Usted es un muchacho plétórico de romanticismo, un ser soñador y tiene que pensar que no todo en la vida son sueños... Vaya, vaya a París y ya verá cómo dentro de poco volverá usted siendo otro.

Peter suspiró con tristeza y le respondió:

—Ojalá fuese tan fácil como el decirlo. Iré a París y procuraré regresar como usted dice.

—Así me gusta, Peter, así me gusta—le dijo Slade despidiéndose—. Hay que ser animoso. Indudablemente Slade conocía la psicología de su discípulo y empleado. No se había equivocado a definirlo como un ser romántico y

soñador. Peter veía más allá de la vida real y su pensamiento se remontaba siempre a países quiméricos buscando una felicidad que no podía comprender, pero que su corazón le presentía. Amaba a todo aquello que parecía extra-humano, a todo lo que tuviera un rasgo de imposible y en sus ratos de soledad, parecía buscar dentro de su misma alma la verdadera personalidad de la cosa amada, sin poderla encontrar.

Siguiendo los consejos de Slade, Peter preparó su viaje a París y algunos días después llegó a la gran ciudad parisina.

Recorrió las calles de la capital y luchó con su pensamiento para poder reconocer aquella ciudad que él había vivido de niño. Pero como es natural, nada de lo que desfilaba ante sus ojos tenía para él recuerdo alguno.

Después de visitar los edificios más importantes de París, una mañana se decidió visitar uno de los museos. Lentamente fue admirando todas las obras de arte que en él se encerraban hasta que por fin, cansado de oír las explicaciones del guía, que por cierto apenas si decía una palabra de verdad, Peter salió de la sala para dirigirse al restaurant donde solía comer. Al salir de la sala se

dió cuenta de que el toruo de salida no funcionaba y a una señorita que había allí mismo le preguntó en un francés mal pronunciado:

—No funciona el toruo, ¿verdad?

La chica comprendió que era extranjero e inglés además, y le respondió en este idioma:

—Puede decirme en inglés, si quiere.

—¿Sabe usted inglés?—preguntó Peter agradablemente sorprendido de encontrar una persona que hablase su mismo idioma.

—Perfectamente—respondió la muchacha.

—¿Y cómo se ha dado usted cuenta de que yo era inglés?—preguntó Peter.

—Lo advertí en su acento.

Peter se dió cuenta entonces de que estaba copiando uno de los cuadros que había en aquella galería y exclamó:

—¡Qué lástima que no podamos charlar un rato...! Me gustaría comer con usted.

—Terminaré pronto... Si usted quiere puede esperarme.

—Encantado—replicó Peter.

Y en efecto, una hora después departían amigablemente en uno de los restaurantes de París. La casualidad quiso que mientras es-

tuvieran allí acertase a pasar, acompañado de una enfermera el viejo comandante Duquesnois. El pobre era ya una sombra de lo que había sido. Su cuerpo se encorvaba bajo el peso de los años y sus cabellos completamente blancos le daban un aire de mayor solemnidad.

Peter lo vió y lo reconoció al instante. Sin darle ninguna explicación a la joven que le acompañaba, corrió a saludarlo y lo detuvo diciéndole:

—¡Comandante Duquesnois!... ¿No me conoce?

Duquesnois le miró detenidamente y quedó un rato pensativo sin poder hacer memoria de él, hasta que Peter volvió a decirle:

—Soy Gogó, el inglesito.

—Gogó... Gogó—exclamó emocionado el comandante.

La presencia del comandante hizo que revivieran en Peter todos sus antiguos recuerdos de niño. Acudió a su memoria aquellas horas pasadas con el comandante y con Mimsey y un deseo loco de volverlas a vivir se apoderó de Peter, que seguía abrazado al viejo soldado, hasta que la enfermera que lo llevaba le dijo:

—Le ruego que no le emocione más... Está muy fatigado.

Peter comprendió la razón que tenía la enfermera y se separó del abrazo del viejo que le dijo despidiéndose:

—Hasta la vista, Monsieur Gogó.

—Hasta muy pronto— respondió Peter, viéndole marchar con la dificultad propia de sus muchos años.

Al cabo de unos minutos, volvió a entrar a donde había dejado a su joven compañera y poseído por aquel deseo de volver a visitar los lugares de su niñez quedó un momento pensativo, que ella aprovechó para ofrecerle el vaso diciéndole:

—Bebe el vino.

—No—respondió Peter poniéndose de pie—. Nos vamos ahora mismo.

—¿Que nos vamos...? ¿Dónde?—preguntó la muchacha extrañada.

—A donde vivía yo antes—le dijo él—. Quiero recorrer todos aquellos lugares. Quiero ver si todo está igual.

La joven, sin oponer resistencia y no sabiendo a dónde quería ir él, se dejó conducir hasta que por fin llegaron a las casitas donde Peter vivió de niño. En presencia de aquel jardín, de aquellos árboles que habían cobijado sus días

infantiles, Peter quedó unos segundos sin saber que decir. Era tanta la emoción que sentía en aquel instante, que hubiera querido abarcar con la vista todo cuanto ante él había. Ella cada vez más extrañada de la conducta de su compañero, le dijo en tono de reproche:

—Tan grande como es Paris y traerme al campo...

Pero Peter no le prestaba atención. Seguía inspeccionando cuanto había allí y sentía una profunda melancolía al ver lo abandonados que se hallaban aquellos jardines, que durante tantos años habían sido cuidados por las manos de su madre y por las de la madre de Mimsey.

—¿Aquí vivías tú?—le preguntó la muchacha, deseando que rompiera aquel silencio en que lo tenía sumido la emoción. Peter contestó con un movimiento de cabeza afirmativo y ella siguió diciéndole:

—Está todo esto muy abandonado.

Peter se fijó en un columpio que había en uno de los árboles y exclamó hablando consigo mismo:

—Me parece verla.

—¿A quién?—le preguntó la joven, que empezaba a dudar del

buen estado de las facultades mentales de su compañero.

—A ella... A Mimsey...

La joven terminó por dejarlo con sus pensamientos y fué a columpiarse, mientras que Peter recorría todo el jardín e iba recordando momentos de su vida pasada y hablando consigo mismo.

—Era aquí mismo—se decía—. Aquí estaba el carrito, allí tenía ella sus tablas... Aquí está el banco donde Dusquenois nos contaba sus hazañas... Allí está el árbol donde nos escondimos cuando me llevaron a Londres.

Y en el silencio de aquel jardín, que tanto le hablaba a él de cosas pasadas, fué donde Peter se dió cuenta de que toda su melancolía era hija del amor que sentía por Mimsey.

—Daría la vida por encontrarla...

La joven vino a buscarlo y nuevamente regresaron a París.

Aquel mismo día Peter recibió carta de Slade en la que le pedía que volviese rápidamente a Londres, donde su presencia era imprescindible.

Con el alma henchida de recuerdos, con el corazón rebosante de amor hacia la niña que no había vuelto a ver, regresó Peter a Londres, donde se encontró con

Slade que le dió la explicación de su llamada, diciéndole:

—Siento haberle interrumpido las vacaciones... Tendrá que hacer otro viaje. Tendrá que ir a Yorkshire... ¿Ha oído hablar del duque de Towers?

—No—respondió Peter—. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque es allí donde tiene usted que ir. El duque ha pensado construir otras cuadras, y el duque, o quizás la duquesa, desea un arquitecto que sea todo un caballero. Será cuestión de unos meses... Vivirá usted en íntimo contacto con la familia... Ya sé que esto no es muy agradable para su temperamento, pero hay que conformarse.

—Me da lo mismo—le respondió con indiferencia Peter—. Sabré cumplir con mi obligación, si ese duque o esa duquesa no son muy exigentes.

Slade satisfecho por haber aceptado Peter el encargo, desvió la conversación hacia el viaje que acababa de realizar el joven arquitecto, y le preguntó:

—¿Buenas vacaciones?

—¡Espléndidas!—respondió Peter pensando en su visita al antiguo jardín.

—¡No hay como París!—exclama-

mó entusiasmado el viejo Slade—
¡Qué mujeres...! ¡Hubo mujeres,
Peter?

—Sí, una — respondió Peter,
pensando en Mimsey.

—¿Era bonita?

—Muy bonita — exclamó Peter,
siempre con el pensamiento pues-
to en la única mujer que era due-
ña de su corazón—. Tenía ocho
años... llevaba un vestidito blan-
co... ¡Nunca la olvidaré... Siem-
pre recordaré su carita de muñe-

ca... Sus ojos, que sabían mirar
con tanta expresión...

Slade rió satisfecho al oír a su
discípulo y terminó exclamando:

—¡Pohre Peter! Pensar en una
niña de ocho años... En fin, ya
olvidará eso con su trabajo en casa
de los duques de Towers... La ad-
vierto que mañana mismo tiene
que salir para allí.

—Lo haré así—respondió Pe-
ter, decidido a cumplir la orden
de su jefe.

LOS DUQUES DE TOWERS

La mansión de los duques de Towers había sido construída hacia más de un siglo y su actual propietario había ido haciendo reformas en ella, pero procurando conservar siempre el estilo primitivo en que fué edificada. Poseedores de un título de rancia nobleza conservaban en toda su integridad las viejas tradiciones familiares y ese sentido pulcro e intransigente del honor que suele tener la aristocracia inglesa. El duque, gran aficionado a los caballos, poseía una de las mejores cuadras del reino y constantemente estaba formando cruces de razas para evitar el desmejoramiento de sus caballos. Era un hombre de unos cuarenta años, mientras que la duquesa apenas si contaría

los veinticinco. La armonía entre los dos esposos había sido siempre cordialísima, aun cuando no era difícil adivinar que esta armonía estaba basada principalmente en la sumisión en que el duque tenía sumida a su esposa. Era un hombre correctísimo, que jamás perdía la sangre fría, pero que fuese del modo que fuese acostumbraba siempre a que sus órdenes fueran cumplidas inmediatamente, aun por su misma esposa. Fuera de este aspecto, el trato con el duque resultaba encantador. Su figura distinguida, su título, su fortuna y su don de gentes, hubieran sido suficientes motivos para colmar los deseos de una mujer menos dada al romanticismo que la duquesa. El vivía siempre en plena

realidad, mientras que ella se dejaba llevar por su temperamento de exaltada sentimentalidad y agrandaba paulatinamente la distancia que separaba a los dos esposos, casi sin darse ellos mismos cuenta de ello.

Peter ignoraba por completo estas intimidades familiares, como las ignoraban todas las amistades de los duques, quienes creían ver en aquella pareja un matrimonio absolutamente identificado en gustos y en caracteres.

Al día siguiente de haber llegado Peter a Londres, se trasladó con sus maletas al cercano pueblecito donde los duques de Towers tenían su residencia y Jenkins, el criado que le había sido destinado, lo acompañó hasta sus habitaciones, explicándole cosas del pueblo y diciéndole:

—Aquí no tenemos la niebla de Londres, pero sin embargo llevamos unos días de mal tiempo, que tal vez dificulte su trabajo.

—¿Quién sabe!—respondió Peter, por decir algo mientras que sacaba su ropa de las maletas. Se asomó a la ventana y vió en una de las partes de la casa el lugar destinado a las caballerizas y preguntó al criado.

—¿Las cuadras?

—Sí señor—respondió Jenkins.

—Se están cayendo — volvió a decir Peter al advertir el mal estado en que se hallaban.

—Es que hace muchos años que las construyeron...

Peter no pudo contener el deseo de verlas de cerca y exclamó, cogiendo lápiz y papel:

—Voy a verlas de cerca.

Bajó a donde estaban situadas las cuadras y cuya reconstrucción le había sido encomendada y dejándose llevar por su inspiración fué trazando en el papel el plano de cómo construiría aquellas cuadras.

En esta tarea se hallaba y ya casi la tenía terminada, cuando se acercó a la verja que separaban las cuadras del resto de la casa, una mujer que vestía traje de montar. Peter se la quedó mirando y sintió como si algo extraño pasase por su corazón. ¿Era la belleza dulce y romántica de aquella mujer? ¿Eran aquellos ojos que sabían mirar de forma acariciadora?... No podía decirlo Peter, pero lo único que pudo advertir era que de la persona de aquella mujer se desprendía una atracción irresistible.

El arquitecto saludó con un movimiento de cabeza a la bella desconocida y ésta le ofreció amista-

samente la mano, al mismo tiempo que le decía:

—Soy la duquesa de Towers.

El siguió mirándola sin atreverse a decirle nada y ella con la misma sonrisa de siempre siguió diciéndole:

—Le esperaba esta mañana.

—Le ruego que me perdonen— se excusó Peter—. Perdí el tren.

—Bueno, eso no tiene nada de particular, pero me hubiera gustado que hubiese llegado antes para poderle explicar lo que queríamos.

Peter esperó a que ella siguiera hablando. Aquel timbre de voz hacía vibrar su corazón como el eco de una voz amiga a quien hace tiempo que no se ha sentido, y la duquesa le explicó de nuevo:

—Necesitamos agrandarla, construyendo una adición allí... Un ala del edificio debe conservar...

Peter la interrumpió preguntándole:

—¿No quieren derribarlas?

—No, de ninguna forma— exclamó la duquesa—. Queremos conservarlas tal y como están.

—¡Lástima!— respondió Peter—. Se me había ocurrido una excelente idea. Pensaba reconstruirlas, respetando parte de lo que está en pie, y con un nuevo

tejado para conservar la estética.

La duquesa de Towers traspasó la verja que separaba las cuadras al mismo tiempo que le decía amablemente:

—No queremos derribar lo antiguo por nada, Mister Ibbtson.

Este, sin darse por vencido por la negativa de la duquesa, le mostró el plano que había hecho, diciéndole:

—La idea está... El ala...

Ella no le dejó terminar y con su sonrisa encantadora, que tantos admiradores se había creado, volvió a decirle:

—No, no. Tiene que ser igual que lo otro.

—Pero es que tal como yo le digo, parecerá todo nuevo.

—Si precisamente eso es lo que no queremos.

Peter volvió a insistir en su idea. Había concebido la transformación de las cuadras y quería hacer comprender a la joven duquesa la razón que tenía, por lo que replicó:

—No quiero decir nuevo en el sentido que usted piensa... Mi idea es que no desentone del carácter del edificio principal.

A la duquesa le hacía gracia la tenacidad del joven arquitecto, y no podía negar la simpatía que éste le había inspirado desde las

primeras palabras y sonriéndole amistosamente volvió a insistir en la idea que tenían para reformar las cuerdas diciendo:

—Es inútil... Ya le he dicho lo que queremos... Usted no tiene más que hacerlo así.

Pero Peter no era hombre que se dejase convencer tan fácilmente y menos aún en asuntos de su profesión. No quería hacer aquel trabajo de forma que su nombre quedase mal parado y adoptando una actitud enérgica, como era su carácter, preguntó:

—¿Lo quiere así?

—Desde luego—respondió la duquesa.

—Pues no puedo hacerlo—terminó diciéndole Peter.

—¿Por qué?—preguntó extrañada la duquesa.

—Porque a mí no me gusta.

Ella le miró sorprendida. No podía comprender aquel interés en oponerse a cumplir sus deseos, y preguntó incomodada:

—¿Y qué tiene que ver eso? Yo le mando hacer la reparación en la forma que creo mejor y su misión es realizarla.

—Lo siento. Pero ya le he dicho que yo no lo hago. Creo que no nos entenderemos.

La duquesa le miró sonriente. La actitud de Peter no podía me-

nos que agradarle, puesto que comprendía que otro hombre en su lugar se habría abstenido de dar su opinión y se habría limitado a seguir las instrucciones que ella le daba. Le hacía gracia aquel carácter tan orgulloso, y le dijo burlescamente:

—Lástima que tenga ese temperamento tan artístico.

—Verdaderamente es una lástima—respondió Peter—. Pero le aseguro que si yo fuera caballo no viviría allí.

A la duquesa le molestó esa indirecta del arquitecto. Acostumbrada a dar órdenes sin que nadie las discutiera, la actitud de Peter no pudo menos que molestarla, y exclamó:

—Llamaré a Jenkins para...

Peter comprendió el por qué le iba a llamar, y antes que esperar que le despidieran se apresuró a despedirse él diciéndola:

—Ha sido para mí un placer el conocerla, duquesa.

Ella le miró agresivamente y exclamó:

—¡Impertinente!

Peter, ante aquel insulto, procuró conservar toda su sangre fría y sólo supo responder:

—Le advierto que quería haberme por... como un caballero, siento no haberlo conseguido.

Y sin decir más se alejó del sitio donde estaban las cuadras, dejando a la duquesa verdaderamente sorprendida con su actitud.

Durante todo el resto del día, Peter no volvió a ver a la duquesa. Precisamente aquel día se celebraba una reunión en la casa y esto fué motivo todavía mayor para que el arquitecto se encerrase en sus habitaciones, sin deseos de hablar con nadie. Volvió a preparar sus maletas y cuando llegó la noche todo lo tenía arreglado para emprender el viaje a Londres aquella misma noche.

A la hora de la cena, el criado se presentó con una gran bandeja llevándole una succulenta comida y diciéndole:

—Le traigo la cena, señor Peter.

—¿Qué hora es?—preguntó el arquitecto.

—Ocho y cuarto — le dijo el criado.

La conversación fué interrumpida porque hasta ellos llegó la voz fresca y armoniosa de una mujer que estaba cantando, y Peter preguntó entusiasmado:

—¿Es la duquesa que canta?

—No — respondió Jenkins — es una cantante de ópera... Celebran hoy una reunión de amigos íntimos.

Mientras hablaban, Peter se ha-

bia entretenido dibujando un croquis de las cuadras y lo había hecho tan irónicamente, que cualquiera que hubiere visto el dibujo, habría dudado de que si quien lo había hecho había sido un loco o un chiquillo. Era una verdadera mamarrachada.

El criado, una vez servida la cena, fué a retirarse y antes preguntó:

—¿Desea usted algo más?

—Sí, un momento — exclamó Peter, enrollando el dibujo que había hecho—. ¿Quiere entregar esto a la duquesa en pago de su espléndida cena?

Jenkins recogió el rollo de papel que le entregaba el arquitecto y sin mirarlo siquiera, entró al salón donde se estaba celebrando la fiesta y donde cantaba en aquel momento la artista, y entregó el plano a la duquesa, diciéndole en voz baja para no interrumpir el canto:

—Perdón, señora. El joven de arriba me encargó que le entregara esto en pago de su espléndida cena.

La duquesa abrió el plano y al ver lo que había dibujado estuvo a punto de soltar la carcajada. Se le había pasado el malhumor que le produjo la conversación de la mañana y durante todo el día, sin

que ella supiera el motivo, no había dejado de pensar ni un solo momento en el arquitecto, que ejercía sobre ella una atracción inexplicable. Contuvo la risa que estaba pronta a estallar y preguntó al criado:

—¿No fué a la estación todavía?

—No, señora.

Pues vaya a decirle que el tren de la mañana es mucho más rápido... Que si quiere puede bajar a oír la música.

Se fué el criado a cumplimentar la orden y mientras tanto la duquesa volvió a mirar nuevamente el plano y se echó a reír al ver la broma que le había gastado el arquitecto. Su marido al verla tan risueña, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Me quieres decir qué ocurre?

La duquesa, sin poder contener la risa, le entregó el plano a su marido para que lo viera al mismo tiempo que le decía:

—El joven arquitecto me manda este apunte de cómo construiría las cuadras.

El duque miró el apunte de Peter, y al fin se lo devolvió a su esposa diciéndole seriamente:

—Me parece una impertinencia.

La duquesa sin dejar de reír y celando a broma lo que había hecho Peter, respondió:

—Sí, es un joven bastante impertinente.

Mientras hablaba con su marido, Peter que había llegado al salón de fiestas, permanecía de pie junto a una ventana que daba al jardín hasta que se le acercó la duquesa y le preguntó:

—¿Tendría usted inconveniente en decirme qué ha visto en el jardín que le merezca tanto interés?

Peter se volvió rápidamente a la duquesa y, haciendo una galante reverencia, le contestó:

—Me ha parecido ver las cuadras a mi gusto y estaban verdaderamente magníficas.

La duquesa se le quedó mirando. Después de todo, el carácter tan entero de aquel hombre, no podía menos que agradar a una mujer como ella y le preguntó:

—¿Ha sido siempre así...? Vamos, tan terco.

—Desde muy niño — respondió él.

—Yo también he sido muy terca desde niña—le dijo ella acordándose de la terquedad de aquel amigo de su infancia, de quien no había vuelto a tener noticia alguna. El carácter de aquel muchacho que ahora tenía ante ella era idéntico que el de Gogó y al pensar en él una nube de tristeza cruzó por su mente, acordándose de cuantas

ilusiones había concebido en sus años de soltera, de volverlo a encontrar otra vez.

Afortunadamente, en aquel momento se acercó a ellos su marido, y dirigiéndose a su esposa le dijo:

—Una noticia que te agradará, Mary. He cambiado el «Comandante» por un potro que está lleno de vida... Yo mismo lo domaré.

Mary sonrió a su esposo al mismo tiempo que le decía:

—Me place verte tan contento—. Y dirigiéndose a Peter le explicó:

—Mi esposo tiene verdadera pasión por los caballos... ¿A usted no le interesan?

Peter hizo un gesto que quería decir que no y el duque le preguntó antes de que pudiera hablar:

—¿Construirá las cuadras?

Peter iba a decir que no, que él no se sometía al gusto de la duquesa, pero ésta, sin darle tiempo a responder, se apresuró a contestar a su esposo:

—Ciertamente. Y las construirá a mi gusto.

—Perdone usted — exclamó Peter—. Yo hice un plano de las cuadras y a usted no le gustó. Creo que no llegaríamos a ponernos de acuerdo.

El duque que durante toda la

conversación no había dejado de espiar a su esposa y al arquitecto y comprendió la corriente de simpatía que se había establecido entre ellos, exclamó irónicamente:

—Diferencia de opiniones que bien pueden avenirse cediendo cada uno un poco. ¿De verdad que no le gustan los caballos, Mister Ibbetson?

—El ambiente en que me crié no era muy propicio a ello—respondió Peter.

Mary intervino admirativamente para decir:

—¡Mi esposo es capaz de estarle hablando a usted de caballos hasta la mañana. Es un admirable jinete!

El duque fué de nuevo a donde había algunos invitados esperándole y la duquesa aprovechó aquel momento para decirle:

—¿Se irá usted mañana?

Peter comprendió que no podía hacerlo. La pregunta de la duquesa era casi una súplica. Por otra parte, había en aquella mujer un algo tan especial que le atraía, que no pudo menos que decirle:

—Si usted quiere, me quedaré. Haré las cuadras como usted desee.

—¡Magnífico!—exclamó la duquesa—. Ahora ya no es usted impertinente. Es usted un caballero

que sabe ser galante con las damas... Las cuadras se construirán y se seguirá el plano que usted ha trazado... Muchas gracias, Mister Peter.

Y de esta forma quedó nuevamente establecida la amistad entre la duquesa y el joven arquitecto.

Cuando se separaron, Peter se fué a su habitación y durante algunas horas estuvo sentado ante su mesa de trabajo. Pero no trabajaba, lo que únicamente hacía era recordar todas las palabras de la duquesa Maria. Aquellos ojos le recordaban a él otros ojos que había visto, sin saber dónde. Esforzaba su imaginación para hacer más fresco el recuerdo de aquellos ojos y a pesar de su esfuerzo no lo recordaba. Sin embargo estaba seguro de haberlos visto, de haberlos tenido cerca de él, hasta le parecían tan familiares como si los hubiera visto todos los días. ¿Quién era aquella mujer que de tal forma venía a excitar recuerdos y sentimientos tan lejanos en él?

Desde la mañana siguiente Peter se dedicó con afán a su trabajo. En aquella ocasión no era solamente el deseo de cumplir con su deber, sino el de demostrar a

la duquesa que él llevaba razón al querer imponer su criterio. Fueron pasando los días y Mary demostró desde un principio un interés extraordinario en aquellas obras. Se pasaba la mayor parte de las horas en compañía del joven arquitecto viendo la marcha del trabajo y a medida que pasaba el tiempo, la amistad entre los dos jóvenes fué estrechándose hasta el punto de que unos minutos que se retrasase cualquiera de los dos, era motivo para que el otro sintiese una extraordinaria nerviosidad. Mary, sin que ella se diese cuenta, sentía una atracción viva por aquel hombre, era algo tan superior a su voluntad que difícilmente hubiera podido explicarlo, al mismo tiempo que Peter sentíase cada vez más ligado a aquella mujer en la que iba condensando todos sus sueños. Sus almas llenas de romanticismos, tan dadas a poetizar las cosas más reales, iban compenetrándose en absoluto y se iban identificando de tal modo que parecían gemelas.

Mientras tanto, el duque, parecía ajeno a aquella amistad que había nacido entre los dos jóvenes, o bien sus preocupaciones con el cuidado de los caballos no le dejaban tiempo para entretenerse a observar a su esposa, ni qué clase

de sentimientos la unía con el joven arquitecto.

Una mañana se hallaba la duquesa acompañando a Peter, cuando apareció el duque en traje de montar. Antes de acercarse se paró un poco como interesado en saber de qué hablaban Mary y el arquitecto, y oyó a éste decirle:

—¿Escribirá a Slade diciéndole que me he portado como un caballero y que las cuadras han quedado a gusto de usted?

—Desde luego—respondió sonriendo angelicalmente Mary—. Ha sido usted muy tolerante conmigo, admitiendo todas mis sugerencias.

—Sugerencias—respondió Peter—que para mí ha sido un placer el poderlas realizar.

En aquel momento los dos amigos oyeron las pisadas de un caballo y se volvieron rápidamente viendo a un criado que traía de las riendas el potro que había comprado hacía días el duque. Este se adelantó hacia el criado y le ordenó:

—Póngale el otro bocado.

Mary intranquila por lo que le pudiera ocurrir a su esposo montando aquel animal, le dijo acercándose a él:

—¿Por qué no lo monta Richard?

—No—respondió su esposo—.

Lo montaré yo. El y yo nos entendemos muy bien.

Minutos después, se hallaba el potro en condiciones de ser montado y el duque cabalgó sobre el animal, que al sentir el peso sobre sus lomos comenzó a dar saltos y hacer cabriolas procurando el medio de tirar al jinete. Pero el duque era un consumado caballista y por más saltos que daba el potro, más afianzado se hallaba sobre la montura, hasta que finalmente el animal se sometió a la voluntad del jinete.

El duque se apeó al cabo de un rato de él y acercándose a donde estaban su esposa y el ingeniero les dijo:

—Creo que aprenderá pronto.

—¡Magnífica exhibición!— exclamó Peter, admirando la destreza del duque.

—No es nada difícil—le dijo el duque—, para mí, montar un caballo es tan fácil como a usted realizar una obra. Cada cual a lo suyo... Lo peor es meterse en terreno ajeno.

Se quedó durante unos minutos mirando cómo habían quedado las cuadras y se dirigió a Peter diciéndole:

—A usted también hay que felicitarle... Ha hecho un trabajo espléndido. Veo que por fin se ha sa-

lido usted con la suya y que las obras se han realizado tal y como usted quería.

La duquesa, ingenuamente, sin advertir en las palabras de su esposo la ironía con que habían sido dichas, se apresuró a explicarle:

—Es que me di cuenta de que estaba muy equivocada. Mister Peter tenía razón al querer renovar las cuadras en esta forma.

El duque, sin querer prolongar por más tiempo la conversación, la cortó en seco diciendo:

—Deseo que me perdonen, pero voy a cambiarme de traje.

Se alejó en dirección al interior de la casa, mientras que Peter le seguía con la mirada y murmuraba:

—¡Buen jinete!

—¿Le envidia usted?—preguntó Mary con una de aquellas sonrisas que volvían loco a Peter. Este se la quedó mirando y al fin con marcada intención respondió:

—Quizás.

Pero la duquesa, sin entender aquel monosílabo tan insinuante de Peter, quiso consolarlo diciéndole:

—Todos hacemos algo extraordinario... Es decir, todos no, porque yo no sé hacer nada. ¿Qué es lo que yo hago que pueda admirar a nadie?

Peter se la quedó mirando fijamente y al verse reflejado en aquellos ojos tan puros como soñadores no pudo contener la frase y le dijo:

—Sonría usted y habrá hecho la obra más bella del mundo.

Mary tomó a broma la galantería del arquitecto y sin enfadarse por ella, respondió con verdadera satisfacción:

—¡Qué galante!

Peter sintió miedo de sí mismo. Era demasiado el encanto que para él tenía aquella mujer y para evitar que la conversación siguiese por aquel curso exclamó:

—Creo que he charlado bastante... Vuelvo a mi quehacer.

Volvió a trabajar. Había colocado una especie de mesa al aire libre y cuando más aficionado estaba midiendo líneas y ángulos se levantó un fuerte viento que se llevó algunos de los papeles. Aquel los recogió apresuradamente y la duquesa le dijo:

—Creo que va a llover. Lo mejor es que lleve sus papeles debajo del cobertizo.

Y en efecto, unas gruesas gotas comenzaron a caer y apenas si tuvo tiempo Peter para recoger sus papeles y guarecerse debajo del cobertizo, cuando una lluvia



- Soy la duquesa
de Towers.



- Ella quiere una
casta.



- ¡Riña de
enamorados.



- Antes que jugar con-
tigo, jugaré con otro
niño.¹



- Olvidemos esto,
¿No te parece?



- ¡No quiero irme!



- Debería pedir permiso
antes de entrar en la
alcoba de mi esposa



- ¿Aquí vivías?



- Es un anillo.



- Se me había ocurrido una idea excelente.



- Aquí no estamos
más que tú y yo.



- ¡Quiero entregar
esto a la duquesa
en pago de su es-
pléndida cena.



- Un soplo lo
destruiría,...



- Me parece una
imperlinencia.



- Siempre juntos.
¡Toda la vida! ¡Por
años y años!



- ¿Ves este anillo?
Es real

torrencial les impidió seguir trabajando.

—¿Qué tormenta! — exclamó Mary, algo asustada y acercándose más al arquitecto, que al sentirla cerca de él pudo comparar la dicha que debería disfrutarse en el Cielo. Precisamente aquella noche había soñado con Mary. Durante todo su sueño había estado acompañado del recuerdo de ella, pero se abstuvo de decirselo temeroso de herir la susceptibilidad de ella. Mary, no obstante, con una inocencia que demostraba claramente toda su ingenuidad, le confesó:

—Anoche soñé con usted, Peter.

Ya no le decía Mister Peter como en un principio. Le daba aquel tratamiento más familiar al mismo tiempo que le había exigido a él llamarla simplemente Mary. Peter se la quedó mirando fijamente, extrañado de la coincidencia de soñar los dos el uno con el otro, y Mary continuó explicándole su sueño y diciéndole:

—Soñé que había tempestad...

Era una cosa muy rara. Brillaba el sol y el cielo estaba oscuro... íbamos en coche...

—...y usted tenía mucho miedo, pero sonreía—la interrumpió Peter explicándole su mismo sueño.

—Si—volvió a decir ella—, estaba muy asustada. Cuando los ca-

ballos echaron a correr, el miedo se hizo mayor...

—...pero usted fingía no temerlo—siguió diciendo Peter.

—Llegamos a un río—continuó la duquesa—pero no recuerdo lo que ocurrió después.

—¿No se acuerda usted?—preguntó Peter, recordando que él había soñado que ella se abrazaba a él para que la defendiese contra aquel miedo.

Ella bajó los ojos al suelo, sin atreverse a responder y al fin dijo, mintiendo torpemente:

—No, no me acuerdo de más... ¿No sé lo que ocurriría?

—Yo sí lo sé, pero también lo he olvidado—le dijo Peter—. Lo extraño es que los dos tuviésemos el mismo sueño... ¿No le parece un caso de telepatía?

Mary estaba arrepentida de haberle confesado aquel sueño y mucho más cuando supo que él había soñado lo mismo y para evitar nuevas explicaciones terminó diciéndole:

—No sé... Tal vez sea eso que usted dice... Pero no tendrá importancia... Será una simple coincidencia. Anoche hablábamos de caballos y de la tormenta que amenazaba.

Pero Peter no se conformó con

aquella explicación y adoptando un aire de cómica seriedad, exclamó, como si hablara consigo mismo:

—¿Por qué nos ocurriría eso a nosotros? ¿Qué de común habrá entre los dos para que nuestras ideas sean iguales hasta en sueños?

Mary quiso echar la cosa a broma y respondió:

—Lo que somos los dos es unos místicos... No pensemos más en ello.

La tormenta había pasado ya. Nuevamente el cielo se serenaba y salieron del cobertizo para reanudar otra vez el trabajo.

UNA CENA INTERRUMPIDA

Las obras de las cuerdas estaban ya terminadas, durante su realización Peter y Mary fueron uniéndose insensiblemente. Eran dos temperamentos gemelos. Los pensamientos del uno podía explicárselos el otro con igual facilidad que el que los concebía, y es que el amor de ambos había llegado a tal extremo que sus almas se comunicaban mutuamente sin necesidad de decirse palabras. Era un amor tan idealista, tan sublime que no necesitaban palabras para decirse lo que sus corazones sentían. Sin embargo, a pesar de esta pasión que ardía en sus almas, ninguno de los dos se dijo nunca una sola palabra que no fuera la de la más pura corrección. El tra-

to entre ellos seguía siendo el mismo, si bien la duquesa había tenido con él deferencias extraordinarias.

Una de las aficiones más grande de Mary eran sus paseos a caballo. Era rara la mañana que no salía al campo montando su potrillo preferido. Casi siempre iba sola, ya que el duque era rara la vez que la acompañaba. Había que tener en cuenta, que el duque de Towers era un hombre educado dentro de esa fría aristocracia inglesa y que bajo su aspecto de hombre correctísimo, de esposo ceremonioso, se ocultaba un alma déspota, absolutista, incapaz de comprender los anhelos de otro ser.

Mary, que jamás había sentido ningún gran amor por su marido, siguió los consejos de su madre y lo aceptó por esposo. Tenía la creencia que el trato con aquel hombre que tantas muestras de galantería le había dado durante el tiempo de novios, la haría hacerse a su carácter y que terminaría amándole. Mas pasados los primeros meses se dió cuenta la joven de que su casamiento con el duque había sido un rotundo fracaso, mucho mayor cuanto que nada tenía que objetar al trato recibido.

No tardó en encontrarse absolutamente sola en aquel lujoso y antiguo cascrón que desde hacía siglos era la mansión de los duques de Towers y tuvo que ingenjarse sola para buscar algún medio en que matar las horas y pasarlas lo menos aburridas posible. De ahí nació su gran afición a la equitación y de ahí también que no pasara día sin que saliera a dar un paseo a caballo por todos aquellos campos que pertenecían a las propiedades de los duques.

Sin embargo, a los pocos días de haber llegado Peter, Mary abandonó su gran afición. Tan solamente una vez invitó al arquitecto a dar un paseo y éste se excusó diciéndole:

—Lo siento, pero no puedo complacerla. Tengo mucho trabajo que hacer todavía.

Mary lo miró cariñosamente y le preguntó insinuante:

—¿Tantos deseos tiene usted de terminar estas obras?

—Es mi obligación—respondió Peter—y debo hacerlo. Además, nunca me ha seducido la equitación.

—Es una lástima—suspiró Mary.— Es delicioso un paseo por estos alrededores. Hay sitios verdaderamente bellísimos.

Y desde entonces no se volvió a ver más a la duquesa en traje de amazona, ni se la vió galopar por los alrededores de la finca.

El duque se dió cuenta de este cambio sufrido en las aficiones de su esposa, pero siguió con ella siendo tan correcto como siempre y sin hacer la menor alusión al cambio que había advertido en ella. Y Mary, dentro de la inocencia que gobernaba todas sus acciones, tampoco se dió cuenta de que aquella asiduidad en la compañía del joven arquitecto podría llegar a llamar la atención de su esposo. La sinceridad misma de su amistad la alejaba de toda sospecha.

A los pocos días dió orden de que el arquitecto comiera en su misma mesa y el duque, con la be-

nevolencia que siempre había usado para con su mujer, aceptó sonriendo con cierta ironía el deseo de Mary. Diríase que el duque de Towers era un hombre incapaz de comprender cuando dos seres se aman y seguía viviendo con la misma confianza que antes de llegar Peter y sin concederle a éste ninguna importancia. En este estado de cosas, llegó la víspera de la marcha de Peter. Para Mary, la idea de separarse de aquel hombre, el único que había hecho vibrar su corazón a impulsos de un verdadero amor, le causaba una pena y una tristeza que no sabía disimular. Lo más raro del caso era que Mary admitía aquel amor con gran facilidad, como si le hubiera amado toda la vida. Experimentaba una confianza ilimitada en Peter y se hallaba a su lado como la compañera que ha visto transcurrir toda su vida al lado de un hombre. El arquitecto no era para ella un ser a quien había conocido hacía dos meses, sino que le parecía que era un antiguo amigo y como a tal le trataba.

Muchas veces, al terminar Peter su trabajo, solía marchar hacia la casa acompañado de Mary y hablaban de cosas pasadas con una comprensión mutua que ella llegó a decirle en cierta ocasión:

—¿Sabe usted que me doy cuenta de algo extraordinario?

Peter la miró sin poder comprender lo que quería decirle la joven duquesa y ésta siguió explicándole:

—Parece como si le conociera de mucho tiempo.

—Eso mismo me pasa a mí—respondió Peter—. Jamás habría creído encontrar en usted una amiga tan sincera.

—Es verdad—siguió diciéndole Mary—. Hablamos de cosas pasadas y todo cuanto me dice lo comprendo perfectamente, como si lo hubiera vivido.

—Hay cosas verdaderamente extraordinarias e inexplicables—le respondió sonriendo Peter—. Por ejemplo, nuestra primera entrevista...

—¿Quién iba a decir que terminaríamos tan buenos amigos?—exclamó la duquesa.

—Nunca me perdonaré la descortesía con que la traté—confesó Ibbetson.

Mary se echó a reír. Recordaba la discusión tan violenta que habían tenido el primer día y la agradable sorpresa que le produjo el que Peter no se aviniera mansamente a su capricho y le respondió:

—Precisamente aquello fué lo

que más me agradó de su carácter.

—¿El ser incorrecto?—preguntó Peter.

Mary movió negativamente la cabeza, al mismo tiempo que miraba cariñosamente a Peter, y le explicó:

—No fué eso precisamente, o mejor dicho, me explicaré. Si usted hubiera accedido a hacer las obras de las cuadras tal y como yo las quería, me hubiera demostrado ser un carácter débil e insincero.

—¿Por qué?

—Porque usted había concebido el plano de otra forma distinta, usted estaba seguro de que su idea era mejor que la mía y al acceder a mi deseo sin discusión era un detalle de su falta de carácter... Otro en su lugar me habría dicho que llevaba razón, que el equivocado era él, que mi pensamiento era mucho más adecuado y con ello habría sido más galante, desde luego, pero habría faltado a la sinceridad. Usted, en cambio, me expuso su idea y quiso desarrollarla en contra de mi orden, fué usted sincero, aunque no galante, y para mí lo primero tiene mucho más mérito que lo segundo... Créame, yo admiro la sinceridad sobre todas las cosas.

—También en eso estamos de acuerdo los dos. Y le prometo que después de sus palabras, jamás haré otra cosa que lo que me dicte el corazón—terminó Peter.

La última noche en la que Peter cenaría con los duques, puesto que al día siguiente tenía que regresar a Londres, se hallaban los tres sentados ante la mesa, sin que ninguno se dirigiera la palabra. Indudablemente que en aquellos momentos los tres estaban absortos en sus pensamientos. Peter y Mary pensaban en la forzosa separación que les imponía el Destino, y el duque tal vez pensase con satisfacción en la marcha del arquitecto.

Al cabo de un rato de haber empezado la cena, el duque interrumpió el silencio preguntándoles:

—¿Por qué tan pensativos?

Los dos levantaron rápidamente la vista hacia el duque sin saberle qué responder, y éste volvió a decirles:

—¿Ha ocurrido algo?

—Absolutamente nada—le respondió Mary.

—¿Estás satisfecha? — Y dirigiéndose al arquitecto continuó diciendo: —Ha terminado usted la obra muy pronto... ¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Dos meses—respondió Peter.

El duque, conservando aquella risa irónica que se adentraba en el alma por la frialdad que resplandecía en ella, le preguntó de pronto:

—¿Y desde cuándo está enamorado de mi esposa, Mister Peter?

Al oír aquella pregunta, Mary sintió como si hubiera recibido una descarga eléctrica y se levantó airadamente diciéndole a su marido:

—¡Explicate!

Este sin inmutarse y con una serenidad que excitaba la nerviosidad de cualquier persona por tranquila que fuese, siguió diciéndole:

—¿Me tomas por tonto, querida?

—No comprendo lo que quieres decir, o lo que piensas—exclamó la duquesa.

Su marido, bebió un sorbo de vino, dejó tranquilamente el vaso sobre la mesa y volvió a decirle:

—Pienso en si tendré que felicitar de nuevo a Mister Ibbetson.

Peter se había puesto también de pie. Las palabras del duque habían causado en él una sorpresa que no podía disimular. Se daba cuenta del sufrimiento de Mary en aquellos momentos y antes que pudiera decir nada, el duque con-

tinuó sus irónicas preguntas diciendo:

—¿No ha pasado aún del beso? ¿Es ahí donde estamos todavía?

Mary, al ver el silencio de Peter Ibbetson, se encaró con él diciéndole con energía:

—¿Por qué no le contesta? Dígale si nos hemos tocado siquiera... ¿Hemos pensado tal cosa?

Peter sin poderse contener apretó los cuatro dedos de su mano derecha fuertemente contra la palma de la mano, mientras que levantaba el pulgar y exclamó:

—Yo, no he pensado en otra cosa. ¿Y usted?

Aquel gesto de la mano, aquella acción que ella recordó siempre como peculiar del que fué su compañero de la infancia y a quien ni un solo momento dejó de amar, le hicieron comprender el motivo de aquella atracción que siempre sintió hacia él. Sin poderse contener exclamó:

—¡Gogó...! ¡Gogó!

—Bah—exclamó el duque marchándose de la mesa—. Riña de enamorados... Confío en que hagan las paces.

Salió dejándolos solos y Peter preguntó a la duquesa, que no podía contener las lágrimas:

—¿Cómo sabe mi nombre de niño?

—Porque yo soy Mimsy... ¿Se lo explica ahora todo?

—Gracias — exclamó Peter, como quien siente disiparse ante él un mar de confusiones—. No sabe usted el bien que me ha hecho. Durante todos estos días me ha hecho la vida llevadera... No encontraba la tranquilidad en ninguna parte y siempre esperaba algo, algo que era usted... No he vivido ni un solo instante, hasta que el Destino me trajo aquí... Me ha quitado un dolor del corazón...

Mary le oía emocionada. Se daba cuenta ahora cuán grande era el amor que sentía por su antiguo amigo de la infancia y éste siguió diciéndole, dando rienda suelta a toda la pasión que anidaba en su corazón.

—La he llevado toda la vida sobre mi alma y en mi cerebro. No he podido nunca olvidar nuestra última entrevista.

Y recreándose en el recuerdo de aquellos días, exclamó:

—Era una niña en un jardín... Nos separaron y crecimos alejados el uno del otro, pero durante toda mi vida las mujeres que encontré se desvanecían ante el recuerdo de aquella niña, dueña absoluta de todos mis pensamientos. Cuando la vi a usted, sentí un gran alivio sobre mí. Me pareció que

una vida nueva volvía a resplandecer y es que era usted a quien mi corazón buscaba.

La duquesa no podía contener la emoción que la embargaba. Inferiormente se confesaba que el mismo anhelo, que la misma ansia que Peter había sentido toda su vida, la había ella sentido también. Peter, en su deseo de decir en aquellos momentos todo cuanto había sufrido por el recuerdo de aquella niña, que él en sus sueños de enamorado la había visto convertida en mujer, siguió diciéndole:

—Ahora soy otro hombre; la veo a usted y es a ella a quien veo, a aquella niña que se convirtió en el único motivo de mi vida.

Mary se sentía desfallecer. La sinceridad de aquel afecto expresado por Peter era comprendida por el que ella sentía por él. Mas así y todo, pensó en su marido, en su deber en aquella casa y sin responderle palabra salió del comedor y se encerró en sus habitaciones. Allí encontró a su doncella que al terminar de arreglar la cama le preguntó:

—¿Desea algo más la señora?

—Nada—respondió quedamente Mary, sin fuerzas siquiera para hablar—, puede retirarse.

Apenas había salido la doncella

cuando se abrió la puerta y apareció el duque. Mary adivinó una escena violenta con él y aguardó serena, puesto que de nada podía acusarle la conciencia. Ninguna falta había cometido, ni siquiera se habían conocido ella y Peter, hasta el momento en que el mismo duque suscitó la cuestión. Era el amor de ellos un amor tan grande que no necesitaban comunicárselo. Se amaban espiritualmente con el pensamiento, con toda el alma, que por su intangibilidad no necesitaba de palabras.

Mary quedó ante su esposo mirándole en toda su altivez, sin hacer la vista ante la del duque. Este no tenía qué acusarle, y si lo hacía ella sabría defenderse con la fuerza de la verdad.

Al cabo de unos segundos de fastidioso silencio, el duque le dijo:

—Quiero hacerte una pregunta.

Ella le miró altivamente y contestó:

—¿De qué se trata?

—¿Se marcha ese joven esta noche?

—Sí — respondió la duquesa, sintiendo que su corazón desfallecía ante aquella idea.

—¿Y tú lo sentirás mucho, verdad?

—Aunque lo sienta, nada tiene que ver eso, para que se vaya.

—Me alegro de tu entereza— volvió a decirle el duque—. Yo tal vez no seré un gran amante para ti, pero tengo en cambio el orgullo de un marido.

—No te comprendo — exclamó la duquesa—. Te suplico que te expliques mejor.

—Probaré hacerlo lo mejor posible— dijo el duque, que ni aun en aquel momento había perdido su sangre fría—. Quiero asegurarme de que la duquesa de Towers, sigue siendo la verdadera duquesa de Towers.

Mary sintió en su rostro el insulto de aquella sospecha y adelantando el busto, irguiendo su cuerpo en un gesto mayestático respondió con una firmeza tan convincente que no dejaba lugar a dudas:

—No soy otra cosa, ni lo he olvidado un solo momento...

—Te hago la justicia de creerlo — replicó el duque — y de esta forma no tendré necesidad de prohibirte que vuelvas a ver a ese joven.

—Puedes estar tranquilo. No esperó volverle a ver.

—Muy bien — terminó diciéndole el duque, para quien las escenas de aquella indole le eran insufri-

bles, como lo había demostrado al ausentarse del comedor dejando solos a los que él creía amantes—. Ahora olvidaremos todo esto... ¿No te parece?

—Lo olvidaremos todo—respondió ella.

El duque le besó la mano y salió de la habitación, sin demostrar la menor duda sobre la seguridad de que su esposa no volvería a ver más a Peter. Tan solamente una cosa le preocupaba: ¿y él querría marcharse sin verla?

Por primera vez en su vida el duque sintió el aguijón de los celos, pero unos celos tan agudos como jamás se hubiera creído capaz de sentir. Se daba cuenta del cariño que había puesto en su esposa, aunque más que esto era el honor de su apellido lo que le intranquilizaba. Tal vez si con el delito del adulterio su apellido no hubiera sufrido, sus celos no hubieran sido tan exigentes.

Lentamente cruzó el largo pasillo que comunicaba con sus habitaciones y entró en ellas al mismo tiempo que Peter terminaba de hacer sus maletas para marcharse aquella misma noche.

Al marchar el criado que le ayudaba y quedar solo, sintió Peter unos deseos irresistibles de volver a ver a Mary. Era imposible que

después de haberla esperado tanto tiempo se apartara de ella sin una palabra de esperanza. Interiormente se decía que aquella mujer le pertenecía, porque su amor era de él. Todos los pensamientos de Mary eran suyos y en los dos no había más que un solo ser. Eran dos cuerpos confundidos en una sola alma y obligación suya era arrancarla de quien se la había arrebatado. Impulsado por esta idea entró sin pedir permiso a las habitaciones de Mary, que al verle exclamó asustada:

—¡Usted...! ¿Qué quiere...? ¿Por qué ha venido?

—He venido a despedirme de ti —exclamó apasionadamente Peter.

Ella le miró llorosa y le preguntó:

—¿Podrás irte?

—No, sin ti —respondió él—. Esta misma noche nos iremos los dos.

Mary suspiró con profunda tristeza. Ella también hubiera querido poder huir con él, no separarse nunca más de su lado, pero su deber la retenía allí, como a una esclava, y respondió:

—No podemos, Peter.

—¿Por qué no? Hace años te perdí y ahora que te encuentro no debemos separarnos. Desde que te

perdi, hasta ahora no ha tenido paz mi espíritu... Yo hace poco regresé a Francia y visité aquel jardín donde tan felices fuimos... Te vi allí, tú me apareciste... Estabas allí esperándome... Llevabas aquel vestidito blanco... Fueron segundos de una felicidad, que no por imaginativa, menos intensa. Desde entonces comprendí que te amaría siempre...

Se había acercado a ella y la tenía en sus brazos sin que Mary hiciera nada por separarse. Era aquél el puesto que siempre había anhelado, era aquél el pecho contra el cual hubiera querido descansar siempre y Peter, dejándose llevar por su emoción, siguió diciéndola:

—Al encontrarte aquí he vuelto a amarte con más fuerza que nunca. Ya no es amor lo que siento por ti, es una verdadera locura que trastorna toda mi vida... Si he de perderte, no quiero seguir viviendo.

Ella le miró compasivo. Se daba cuenta de la inmensa pasión que vivía en el corazón de aquel hombre que tan tarde se presentaba de nuevo en su vida y le reprochó dulcemente:

—¿Dónde estabas, Peter?... ¿Por qué no me buscabas?

—Te busqué como pude sin en-

contrarte—le dijo Peter—. Ahora estamos juntos y no podemos volvernos a separar... Hablaremos con tu esposo antes de partir y le diremos la verdad... Nos encontraremos en la estación.

Mary, llorando amargamente su desventura, viendo lo imposible que era aquel amor que tan fuertemente ligaba sus vidas, respondió:

—Es imposible, Peter... Yo no puedo hacer eso.

Surgió entonces el amante, apareció el carácter impulsivo de Peter y dejándose arrastrar por los celos que le producía el recuerdo del duque, exclamó:

—¿No me quieres bastante?

—¡Quererte...! — exclamó ella poniendo en sus palabras todo el fuego de aquel sublime amor que sentía por él—. Bien sabes que te adoro. Te lo han dicho mis ojos y te lo dice tu presencia aquí...

—¿Por qué, entonces, te niegas?—preguntó él nuevamente.

—Estoy casada y me debo a mi marido, ante el mundo, aunque mis pensamientos sean tuyos.

—Es verdad — exclamó Peter con un eco de dolor, de reproche y de desesperación—. Tú te casaste... yo, no... Tú olvidaste nuestro jardín, nuestros juegos... Olvidaste todo lo nuestro...

—¿Me olvidé, verdad?— exclamó ella separándose de sus brazos— ¿Crees que lo olvidé todo? Vay a verlo.

Fue a un armario que había en su propio dormitorio, rebuscó entre la ropa y sacó el mismo vestido que llevaba puesto el día en que se fue Gogó y que junto con él subieron en el árbol para evitar que se lo llevaran.

—¿Ves?—le dijo— ¿Ves cómo supe guardar lo que más nos recordaba? También me casé, pero no has pensado que también pude hacerlo por despego a la vida... Yo te esperé, pero tú nunca llegaste.

Se cubrió el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas y Peter se acercó a ella amorosamente, y le dijo:

—Vete a vestir y vámonos.

—Tengo miedo—exclamó ella, sin resistir con tanta energía como al principio—. Ha sido siempre amable conmigo y le haría un daño que no debo.

—Pero ese no es un motivo bastante para separarnos— protestó Peter—. ¿No te has fijado que hasta nuestros sueños son iguales?

Mary se resistía. Su amor la llevaba a los brazos de Peter, pero su deber de esposa lo alejaba de él. Era una lucha verdaderamente

titánica, contra la que sus fuerzas iban siendo inferiores, y respondió:

—Llevas razón, Peter. Nos pertenecemos, pero nuestra obligación es separarnos. ¿Qué importa la distancia para nuestro amor! ¿No nos hemos amado hasta ahora sin vernos? Pues sigamos amándonos sin remordimiento de conciencia.

—Remordimiento... ¿por qué?—preguntó Peter.

—Por el daño que pudiéramos hacerle, ya te lo he dicho.

Peter se frotó las manos desesperado. Creía haber llegado a convencer a Mary de lo inútil que era su sacrificio quedándose al lado de su marido, y nuevamente trató de convencerla diciéndole:

—Mary, tú no tienes derecho a deshacer tu vida y la mía. Le hablaremos a él, le diremos toda la verdad y él accederá a tu divorcio, pero no esperemos aquí, que todo será inútil... Debemos huir.

—Huir es confesar un delito que no hemos cometido—replicó ella—. Huye el culpable, pero el inocente aguarda el fallo de la justicia sin temor alguno. Yo quiero esperar su fallo aquí, para que nadie pueda creerme culpable.

Peter la miró enérgicamente y le preguntó:

—¿Temes a los demás?

—Temo a todos—respondió débilmente ella.

—Eso es una locura—insistió Peter—. Cuando se ama como nosotros nos amamos, no hay que justificarse ante nadie... El único que tiene derecho a pedirnos explicaciones es el ser a quien amamos... Nadie más convencido de tu inocencia que yo, Mary. Piensa en mi dolor, en la desesperación de toda mi vida... En el ansia que ha embargado siempre mi existencia... Iba por el mundo como el navegante que ha perdido la brújula y quiere encontrar un puerto donde refugiarse... Yo he ido así por el mundo, buscando un corazón en el que encontrara cobijo para mí desilusión y jamás pude encontrarlo... El único corazón que podía darme, era el tuyo... Soñé con él durante los años de mi infancia, empecé a amarte de niño, para adorarte después... ¿Y ahora quieres que renuncie a tu amor? Eso es lo mismo que si me pidieras que renunciara a mi vida, mucho más, porque la vida sin ti, no tiene valor alguno para mí.

Mary le oía sin atreverse a responderle. Comprendía la angustia y el amor de Ibbetson, como comprendía también el de ella. Sentía momentos de debilidad ante la insistencia de Peter. No era aquél

el amante deseoso de conseguir la mujer amada, era el hombre sincero, lleno de amor para con ella, que le exigía que le entregase aquel mismo amor con que era correspondido. Brillaban en sus ojos las lágrimas y su voluntad flaqueó.

En aquel instante se abrió la puerta del dormitorio de Mary y apareció su marido llevando en la mano un revólver. Se encaró con ellos, y exclamó, mordiendo las palabras:

—¡Muy bonito! Debe pedirle permiso, Mister Ibbetson antes de entrar en la alcoba de mi esposa...

Peter, sin inmutarse por la actitud del duque quiso explicarle cuánto había pasado entre ellos, el amor que siempre se habían tenido y el derecho que les concedía éste para no separarse, pero antes de que pudiera hablar, el duque le interrumpió diciendo:

—Sé lo que me quiere decir... Creían que no estaba yo, pues voy a demostrarle dos cosas, que estaba y que sé castigar a los atrevidos.

Mary al ver la actitud de su marido temió por la vida de Peter y lo protegió con su cuerpo para evitar que aquél disparase. Esto dio lugar a que la excitación del duque fuese mayor, el cual echó en cara su acción diciéndola:

—¡Mi esposa protege a su amante!... Nunca podía pensar en que fueras una mujer así! Al fin no puedes negar que le amas.

Mary concentró en ella todas sus fuerzas, y sin arredrarse por las palabras de su marido confesó la verdad diciéndole:

—¡Sí, nos queremos! Nos hemos querido toda la vida y no podemos impedirlo, pero no es mi amante. Pensábamos irnos, pero no sin decírtelo antes. Queríamos confesarte toda la verdad... Era preciso que nos oyeras...

—¡No quiero oír nada!—exclamó el duque perdiendo toda su serenidad—. Ni puedo permitir tampoco que manche mi honor a mis

espaldas. Acepta la oportunidad que te doy, que ningún Towers te la daría... Arrójate en los brazos de tu amante y muere con él.

Levantó el brazo armado del revólver, pero en el momento en que iba a disparar, Peter arrojó a Mary a un lado al mismo tiempo que se apoderaba de una silla y la lanzaba sobre la cabeza del duque. La fatalidad guió el brazo del pobre muchacho y el duque de Towers cayó al suelo bañado en sangre y mortalmente herido.

Y así la muerte dió fin al segundo capítulo de la vida de Peter Ibbetson y separó otra vez a aquellos dos corazones que tanto se amaban.

EL TORMENTO DEL PRESIDIO

No pudo ser más efímera aquella esperanza de felicidad que durante unos segundos anidó en el pecho de los dos enamorados. La muerte del duque los había vuelto a separar nuevamente. Ni el mismo Ibbetson podía darse cuenta de cómo había sucedido el hecho, ni menos aun intentó huir para eludir el fallo de la justicia. Estaba seguro de que los jueces se mostrarían clementes con él y que le perdonarían. Creía que el tribunal que lo juzgase sabría comprender su gran amor y que en aras de él le dejarían en libertad para poder vivir al lado de la mujer que tanto amaba.

Fueron días de angustia infinita, de pesadumbre en los corazones de los enamorados, horas in-

terminables de angustiosa espera para Mary, que presentía un fin trágico para aquel amor que jamás había podido existir.

Ni un solo día dejó la joven de intentar ver a Peter, quería darle alientos para que sobrellevase con paciencia la prueba terrible a que se veía sometido, y aquel permiso tan deseado y tan buscado nunca lo obtuvo. Parecía imposible que el corazón de los que disponían de la libertad de Ibbetson estuviese tan cerrado a todo sentimiento compasivo, y la desgraciada joven tenía que llorar a solas su desventura.

No tenía una mano amiga que viniera a consolarla en su soledad. Sus amigos, los que lo habían sido en vida de su esposo, le volvieron

la espalda creyéndola culpable del delito de adulterio, y sentía sobre su rostro las miradas airadas de todas aquellas personas a las que iba a pedir un poco de clemencia para quien no había cometido más delito que el de querer defender un amor que era la única razón de su existencia.

Pero el mundo, tan magnánimo para otros delitos, no admitía el del adulterio en aquellos días y la sociedad repudiaba a la mujer que aunque fuera como ella, sólo hubiera faltado en pensamiento a la unión que la ligaba con su esposo. De todos los criados que tenía sólo conservó a Catalina, la doncella que ni un solo instante se quiso apartar de su lado, el único ser que supo comprenderla y saber de su dolor. Catalina era la única también que intentó consolarla y en las palabras de ella encontraba la pobre Mary algún lenitivo a la gran pena que la afligía.

Trasladó su residencia a Londres y allí esperó angustiosamente que se celebrara la causa de Peter, con la esperanza de poderlo ver antes, en cuanto fuera puesto en libertad.

Arrojado en un duro camastro, alejado de todo cuanto le había sido familiar, Peter Ibbetson co-

menzó una nueva vida llena de tormentos y privaciones. La ley se había mostrado inexorable para con él y le había condenado a cadena perpetua.

En aquellos años un presidio era algo que se parecía mucho al propio infierno. Se elegían para ellos los edificios peor acondicionados y los pobres presos tenían que vivir faltos en absoluto de sol, careciendo de comida, por lo escasa que era, y hasta sin poder respirar un poco de aire puro.

Eran aquellas mazmorras verdaderas tumbas donde se enterraban a seres vivos que lentamente iban consumiendo su salud hasta dejar de existir. No era extraño por lo mismo que muchos de los reclusos terminaran al cabo de poco tiempo locos, tanto por la insalubridad de sus aposentos, como por los tormentos y castigos a que se veían sometidos por la causa más leve.

Pero Peter Ibbetson, desde que supo su desgracia, desde que comprendió que nunca más podría ver a Mary, adoptó una resolución: hacer su vida lo más corta posible. Para ello se negó a comer en absoluto, y su organismo, a pesar de su gran resistencia, fué debilitándose hasta tener que quedar postrado en aquel camastro, en el

que esperaba ansiosamente la hora de la muerte, que sería también la de su liberación.

El lugar donde se hallaba encerrado era un sótano oscuro, cuyas paredes rezumaban humedad y en el que no entraba más luz que la que se filtraba por unos gruesos barrotes que cerraban la puerta, al final de unos cuantos escalones. Había sido encerrado allí con otros varios reclusos, delincuentes de oficio, sobre cuyas conciencias pesaba más de un crimen. La ley no hacía diferencia entonces entre lo que podríamos llamar un crimen pasional y un crimen vulgar. Para la ley todos eran criminales y los reñía en aquellos calabozos dándoles un trato igual.

Al cabo de unos días de estar encerrado allí Peter, el guardián de la prisión entró a darles de comer y al ver que la comida de Peter aún estaba tal y como la había dejado el día anterior exclamó indignado:

—¿Empeñado en no comer?

—¡Ea que prefiere la comida francesa!—le dijo uno de los reclusos en tono burlón.

El guardián se quedó mirando a Peter, que permanecía arrojado en el camastro, y le dijo:

—Pues te advierto que el gobernador dice que tienes que cumplir

esta sentencia, así revientes... Yo te prometo que comerás a la fuerza. Aquí tienes el agua.

Y después de haber llenado un pequeño recipiente que estaba a la mano de Peter, salió de la mazmorra.

Uno de los prisioneros, a quien Peter, en un momento de debilidad, le había contado el motivo de su detención, al ver que no comía, le dijo burlonamente:

—Oye, ¿por qué no nos hace compañía la duquesa de Towers?

Peter miró indignado al compañero de celda. Le molestaba que el nombre de aquella mujer pasara por los labios de aquel bandido, que con sólo pronunciarlo lo manchaba, pero tuvo fuerza de voluntad para conservar la serenidad y no responderle.

—¡Mira que estar aquí por una cualquiera!—volvió a decir el prisionero.

Otro de ellos siguió la conversación diciéndole:

—No, no era una cualquiera... Me consta.

—¡Bah!—exclamó el que antes había hablado—. No sé por qué no la mataba como yo a la mía.

Peter, sin poderse contener más y olvidándose de que estaba sujeto a la pared por una cadena, se arrojó del camastro y consiguió

alcanzar al que de aquel modo ofendía a la mujer que tanto adoraba. Entre los dos se estableció una lucha mortal, a la que puso término la llegada de varios guardias, que consiguieron separarlos. El que hacía de jefe de ellos se encaró con los dos contendientes y les dijo:

—¡Por escandalosos recibiréis cuarenta latigazos! Y si alguno vuelve a abrir la boca le romperé las costillas.

Peter Ibbetson tuvo que sufrir el castigo impuesto y sintió sobre sus espaldas el látigo del verdugo, que dejó su cuerpo chorreando de sangre, sin que una mano caritativa fuese a curarle.

Aquella noche una fiebre ardorosa poseyó el cerebro de Peter y en su mente volvió a reaparecer como en la realidad las últimas escenas que habían precedido a aquella angustiosa situación en que se hallaba. Nuevamente se vió en la alcoba de Mary y al duque a punto de disparar sobre ella. Luego apareció ante él la sala del tribunal que lo juzgó y resonaron las palabras terribles del juez que decía condenándole:

—Voy a imponerle la sentencia que marca la Ley... ¡Cadena perpetua!

—¡No!—gritó Mary, que asistía

a la vista—. ¡No podéis condenarle!

Y deshecha en lágrimas volvió a explicar cómo había ocurrido el hecho y terminó diciendo:

—Fué mi esposo quien disparó primero...

El juez, sin hacer caso de la protesta de Mary, sin tener en cuenta ninguna de las disculpas que habían dado los dos enamorados, volvió a decir en forma ceremoniosa:

—Al dictar sentencia este Tribunal lamenta que la única pena que puede imponer a la mujer desleal es el reproche de su propia conciencia.

Para Mary fué aquél un momento de verdadera locura. Veía la terrible desgracia que se cernía sobre ellos y extendió los brazos hacia donde estaba Peter, como si quisiera retenerlo, gritando al mismo tiempo:

—¡No pueden separarnos!... ¡No pueden hacer eso!

Y el mismo Peter, ante la desesperación de Mary, ante aquel dolor expresado con tanta sinceridad, no pudo contenerse e intentó zafarse de los guardias que lo sujetaban, exclamando:

—¡No quiero ir!... ¡No quiero ir!... ¡Dejadme!

A la mañana siguiente, en vista

del desvarío y de las voces que durante toda la noche había estado lanzando Peter, entró un médico a reconocerle. El estado del desgraciado enamorado era verdaderamente lastimoso. Aquel corpachón que hacia poco rebosaba salud, se hallaba en un estado de postración que parecía un preludio de la muerte. El médico lo examinó ligeramente y le dijo al jefe de la guardia, que lo acompañaba:

—Es inútil sacarlo de aquí... No vivirá mucho... Y me extraña que aún esté vivo.

Pasaron las horas. Peter seguía echado sobre aquel camastro, sin tener ninguna asistencia facultativa y por la noche nuevamente experimentó el delirio de la noche anterior. Vió cómo Mary iba a visitarle a la misma reja que cerraba su prisión y le llamaba diciéndole:

—Escúchame, Peter... Estás libre... libre.

—¿Libre?—preguntó él.

—Sí, volvió a decirle Mary—. Dame la mano... Vamos a escapar.

—No es verdad—exclamó Peter.— Todo esto no es más que un sueño.

—¿Qué importa, si me tienes a tu lado! Soñamos juntos como soñamos otra vez. ¿Quién puede decir cuál es la verdad: si esta que

vivimos en este momento o la otra? Esto es más que un sueño, Peter. Créeme.

—¿Creer!—exclamó él, con profunda melancolía—. ¡Todo es mentira! Mentira mi sueño de amor. Mentira todo... Esto es un sueño y sin embargo hablo contigo con el espinazo roto por los latigazos. Dentro de poco será un sueño largo, un sueño sin fin, un sueño eterno.

—Lo sé—le dijo Mary—. Pero mientras dure este sueño, soñemos con él.

Peter se agitaba nerviosamente en su lecho. Apenas si sentía los agudos dolores que le producía su estado y Mary siguió diciéndole:

—Estoy aquí, a tu lado. No me preguntes cómo, pero estoy. Será porque nuestro amor es tan profundo que nos hace soñar a los dos lo mismo. No comprendes lo felices que seríamos siempre juntos... Nuestras almas se juntarán después de esta vida y nosotros podemos hacer que nuestro sueño sea realidad.

Peter, ante aquellas palabras de un amor tan profundo, siguió sintiendo el miedo a la realidad y respondió:

—Mary, dentro de un momento desaparecerás y mi sueño, este sue-

ño dichoso, se habrá desvanecido... Déjame solo.

Mary se acercó a él y con una voz velada por la emoción le exigió quedamente:

—No quiero que mueras... Te quiero y necesito que vivas... ¿Cómo podría hacerte yo comprender que nuestros pensamientos son los mismos?

Calló de pronto buscando una manera de hacerle comprender todo aquello, hasta que finalmente volvió a decirle:

—Mira, Peter... Escúchame... ¿Ves este anillo? Es real... Si te prometo que mañana te lo enviaré ¿vivirás? Cuando mañana lo recibas ¿querrás creer que he estado aquí? Miralo bien... No lo olvides... Mañana lo tendrás.

—¡Mañana!—suspiró con tristeza y desaliento Peter.

Poco a poco la figura de Mary se fué desdibujando sobre los barrotes de la cancela hasta desaparecer por completo.

A la mañana siguiente entraron varios guardianes de la prisión y uno de ellos se acercó adonde estaba Peter. Este permanecía inmóvil, como si la muerte se hubiera apinada ya de él. El guardia llamó a uno de sus compañeros y le dijo:

—Sacad este cadáver.

El guardia se acercó adonde estaba Peter y sintió la respiración de éste, exclamando:

—¿Está vivo!

—¿Vivo?—preguntó el otro sin poder dar crédito a su compañero.

Para convencerse se acercó a donde estaba el enfermo y Peter abrió los ojos trabajosamente preguntándole:

—¿Lo trajeron?

Y al ver que ninguno le contestaba exclamó desilusionado:

—No lo trajeron.

Al mismo tiempo que sucedía esto en la prisión, Mary, acordándose del sueño que había tenido la noche anterior, se dirigió al gobernador de la prisión, donde encontró también al médico que había asistido a Peter. Le expuso el deseo de enviarle un recuerdo al prisionero y el gobernador accedió diciéndole:

—No veo que haya ningún inconveniente en ello.

—Yo creo que hay uno muy grande—intervino el doctor—. Y es que a estas horas Peter Ibbetson debe haber muerto ya.

—No es posible—exclamó Mary con una seguridad que extrañó al mismo facultativo—. Tengo la seguridad de que vive... Si hubiese muerto lo sabría... El no me lo hubiera negado.

El médico y el gobernador se quedaron mirando a la duquesa de Towers como si estuvieran hablando con una alienada. Ninguno de ellos podía comprender el amor tan infinito de aquellos dos seres, que tan unidos se hallaban que vivían un idilio en sueños. Mary, sin darle ninguna explicación, les pidió:

—¿Quiere llevarle este anillo?

—Yo mismo se lo llevaré—se ofreció el doctor, cada vez más intrigado por lo que sucedía.

Y en efecto, se fué directamente a la celda donde estaba Peter, quien, al verlo llegar, preguntó como a todos los que se le acercaban:

—¿No lo trae?

El doctor sacó el anillo que le había entregado Mary y se lo mostró preguntándole:

—¿Es esto lo que espera?

—¿Es real?—preguntó Peter.

—Sí—le dijo el doctor—, es un anillo real.

Y Peter, cogiéndolo en sus manos y hablando con el doctor como si éste pudiera comprenderlo, le habló de ella, de Mary, diciéndole:

—Parece un anillo, pero no lo es... Son las murallas de un mundo. Dentro de ellas está la magia de todo deseo. En ese mundo vive ella y todo lo que hay en él conduce a ella... Cada calle, cada camino y todos los mares de la tierra van a ella. Ese es nuestro mundo, el mundo de nuestro amor...

Volvió a caer en la postración en que se hallaba y el médico movió la cabeza emocionado y pensando que eran pocas las horas que le quedaban de vida a aquel infeliz.

UN AMOR MAS FUERTE QUE LA VIDA

La vida había separado a los dos enamorados. Los hombres habían apartado sus cuerpos, pero sus almas seguían juntas. Aquel amor tan inmenso no podía ser destruido por una fuerza humana. Mientras que los muros de la prisión separaban a los dos enamorados, en la noche de sus sueños vivían juntos aquellas horas de felicidad, de dicha infinita de la que no pudieron gozar nunca. En aquellos sueños que ambos tenían cada noche resplandecía intensamente toda la felicidad que ellos habían soñado y por un fenómeno inexplicable llegaban a vivirla.

Juntos recorrieron en aquellos

sueños los lugares tan queridos por ellos, aquellos lugares que sirvieron para pelearse de niños y juntos recorrieron también fantásticos lugares repletos de poesía. Era un mundo creado tan sólo para ellos y por ellos, y Mary, más bella que nunca, puesto que sobre su belleza poseía la aureola del ensueño, lo decía amorosamente:

—Aquí no estamos más que tú y yo... Este es nuestro mundo.

—No sabía que existiese—le respondía Peter—. Tenía un... Era un miedo grande a la muerte...

Ella le sonreía angelicalmente y le decía:

—No debes tener miedo... En

ese mundo que tan sólo existe para los que se aman como nosotros. las cosas más extrañas son ciertas y las más ciertas son extrañas. Fíjate bien en estas señales que hay por el camino. Son nuestras propias huellas.

—Es verdad—respondió Peter.—Ayer las hicimos para seguir las hoy.

—Fíjate allí, a lo lejos... ¿Ves qué claridad? Es la cima del mundo...

—Sí, nosotros subimos allí, para apartarnos de la tierra.

—Y esta música que hasta nosotros llega—le dijo dulcemente Mary—la he traído conmigo para que tú la oigas... Es la música de mi voz... Es el regalo que te hago.

—Yo también quiero hacerte un regalo —le respondió Peter—. ¿Quieres mirar a la cima de ese mundo? ¿Ves allí el castillo de nuestros sueños?

—¡Qué hermoso es, Peter!—exclamó ella admirando la obra de maravilla, que tan solamente era comparable con los sueños de dos enamorados—. ¿Cómo lo has hecho?

—Lo he construido para ti con las nubes, los cielos y las estrellas... Es muy sencillo.

—Y muy hermoso—terminó diciendo Mary—. ¿Entramos?

—No—le dijo él reteniéndola por una mano—. Un soplo lo destruiría. Esos castillos son nada más que para verlos, pero no para vivirlos. Tengo miedo a entrar en él.

Ella le miró compasiva. Comprendía que su amante volvía a tener miedo a la muerte, a aquella muerte que era la única que podía unirlos para siempre, y se lo reprochó diciéndole:

—Si lo piensas va a ser verdad... Y si es verdad podremos al fin estar libres por toda la vida.

Un silbido agudo, estridente, llegó hasta ellos, luego fué el fuerte rascar de un trueno, y Peter le dijo:

—Escucha. Es el trueno del mundo que viene hasta nosotros.

Y aquel trueno se convirtió en un huracán desenfrenado que azotó el pico de aquella montaña donde quedó destrozado el castillo fantástico que el amor de Peter había levantado para su amada. Se desmoronó la cima del monte, los dos amantes se vieron separados y tuvieron que correr por diversos senderos, hasta que otra vez se encontraron. Mary se abrazó a él exclamando:

—Podríamos volver a perdernos para siempre... Fué culpa nuestra

la destrucción de tu castillo... No creímos... huímos...

—Es verdad—respondió Peter.
—Te asusté... Y es que no puedo quitarme las cadenas que me atan a este mundo... Ayúdame tú...

Mary le sonrió para infundirle ánimos y le respondió:

—No más palabras... No más miedo... Ya ves cómo nos separan... Quizás estamos demasiado atados a nuestros cuerpos para poder gozar de la libertad de nuestras almas... Pero así y todo, siempre podremos vernos aquí... Estaremos juntos siempre que podamos.

—¡Siempre juntos! — suspiró Peter.

—Toda la vida—volvió a decirle ella—. Por años, años y años...

Y así pasaron muchos años. Años durante los cuales los amores de Mary y Peter fueron viviendo al calor de aquellos sueños fantásticos. Aquella dulce quimera que ambos sentían por un fenómeno extrahumano, daba vida a sus cuerpos. ¿Qué le importaba a él la lobreguez de su prisión, si en cambio poseía aquellos sueños luminosos que lo unían a su adorada? Y a ella ¿qué le importaba la soledad en que se hallaba recluida si todas las noches podía pasear de la mano de su adorado

por aquellos lugares tan llenos de poesía y tan idílicos?

Era aquél el verdadero amor de dos corazones. No se veían sus ojos, no sentían mutuamente el arrullo de sus caricias en la verdadera realidad, pero la quimera de su amor los elevaba por encima de todas las miserias humanas, los apartaba de todos los egoísmos terrenales, y sus almas, plétóricas de pureza y de dicha, se juntaban diariamente para decirse el amor que se tenían. Era el más allá el que los unía en aquellos años de cautiverio, era la fuerza de su amor la que los juntaba a través de los gruesos muros de su celda y de la frialdad de las habitaciones de la duquesa. ¿Qué más podían ellos desear que vivir aquel amor como lo vivían? Aquella era la dicha que tanto habían soñado y la veían, aunque sólo fuese en sueños, convertida en una suprema e inefable realidad.

Al mismo doctor de la prisión le parecía extraordinario cómo aquel hombre vivía. El no podía comprender que el fuego de aquella pasión daba nuevas fuerzas a su naturaleza carcomida por el tiempo y por la estancia y por eso presentaba a Peter como un caso verdaderamente extraordinario.

Los compañeros de Peter llega-

ron a acostumbrarse a las palabras incoherentes que éste solía pronunciar y llegaron a tener compasión. Nadie se ocupó más de él ni del motivo de su encierro.

Durante toda aquella época, Mary empleó todas sus energías en buscar influencias para que el proceso de Peter Ibbetson tuviera una revisión, mas todo fué inútil. Los jueces no quisieron tomarse nuevamente la molestia de volver a desempolvar todo lo actuado por el asesinato del duque de Towers y Mary advirtió en cuantas personas creyó que podían ayudarla, cierta frialdad, cierto despego. Advertíase en todos los rostros el mismo gesto de acusación por creerla culpable de adulterio y cansada de todos sus inútiles esfuerzos decidió encerrarse en su casa. Ella misma se imponía el mismo castigo que los jueces impusieron a Peter y que no tuvieron la valentía de imponerle a ella.

Se conformó con aquellos sueños de amor y de ilusión. Para ellos en aquellos delirios no pasaba el tiempo. Seguían siendo tan jóvenes como cuando se vieron en caso del duque y con esa fuerza propia de la juventud siguieron tejiendo ilusoriamente el mundo rosado de su porvenir.

El rubio cabello de Mary se tro-

có, por virtud de los años, en madejas de plata. Su cara perdió la tersura de su juventud y una vejez prematura se acusó en ella, como principio del fin de sus sufrimientos.

Y este mismo cambio que se iba operando en Mary se operaba también en Peter. Poco a poco fué adquiriendo los rasgos acusadores de la vejez y sus fuerzas fueron debilitándose. Era el momento que tanto ansiaban el que iba a llegar. Era la liberación de sus almas que huírían de sus cuerpos para unirse más lejos de la vida y esta última entrevista, este último adiós llegó por fin.

Una noche, Mary no se sintió con fuerzas bastantes para levantarse de su asiento e ir hasta el lecho. Tuvo que ayudarla su fiel criada Catalina, que le dijo al ver el estado febril de su ama:

—Está usted muy fatigada, señora.

—No es nada—respondió.

—Está pálida como un papel—insistió la criada.

Ayudada por Catalina llegó hasta la cama, se acostó y despidió a la criada diciendo:

—Estoy bien, Catalina... Haga el favor de retirarse...

—Llamaré al médico—propuso la criada.

—No, no lo quiero—se opuso la antigua duquesa de Towers.

Pero Catalina insistió diciéndole:

—Es preciso que lo llame, señora.

—Le he dicho que no, Catalina. Se lo suplico... Váyase tranquila.

Mas a pesar de la súplica de su señora, la criada salió en busca del médico, al mismo tiempo que Mary caía en una gran postración. Cerró los ojos y en su delirio volvió a encontrarse con Peter, en aquel bello jardín de sus sueños.

EL ÚLTIMO CAPÍTULO DE LA VIDA DE PETER IBBETSON

Catalina volvió minutos después con el médico que siempre había asistido a Mary. Inmediatamente pasó al dormitorio de ésta y advirtió, por la palidez de aquel rostro, que la ciencia ya nada podía hacer por devolverle la vida que había perdido.

Después de un ligero reconocimiento se volvió hacia Catalina y le dijo:

—No hay nada a hacer.

La sirvienta se echó a llorar amargamente. La bondad con que siempre la había tratado su señora, el gran cariño que por ella sentía hacían que su muerte fuera para Catalina tan dolorosa como

lo hubiera sido la muerte de un íntimo familiar. El doctor, que sabía el afecto que se profesaban las dos mujeres, procuró tranquilizar a Catalina diciéndole:

—Yo atenderé a todo... Cállese y no llore. Todos tenemos que hacer el mismo camino.

Pero lo que el médico no pudo adivinar fueron los últimos instantes de la vida de Mary, instantes de una dicha inefable, al encontrarse en el jardín con Peter y decirle:

—Peter, he venido a buscarte, porque estoy algo asustada.

—¿Por qué? —le preguntó Peter, que había acudido a esperarla.

—No sé por qué, Peter—volvió a decirle Mary—. Pero tengo frío. Cógeme las manos.

Peter retuvo entre las suyas las manos de la mujer a quien tanto adoraba y Mary, con voz velada por la emoción, siguió diciendo:

—Escúchame, bien mío... Tenemos que afrontar una cosa.

—¿El qué?—inquirió Peter, sin soltar las manos de su amada.

—Es algo... algo que no puedes comprender tú todavía...

—Explicáte, Mary—le suplicó él.

—Que ya no podremos encontrarnos aquí siempre...

Peter se quedó pensativo. Lo que menos hubiera él imaginado hubiera sido aquella declaración de Mary, y ésta siguió hablándole:

—Estamos muy cerca del cielo... Pronto algo desconocido nos unirá para siempre.

—¿Hasta cuándo?—preguntó Peter.

—Por mucho tiempo—le dijo Mary—. Cógeme las manos más fuerte... Siento un frío muy grande... Más fuerte... más... No sé lo que me pasa... Estoy aquí contigo y ya no te veo... Escúchame, bien

mío... Siento como si estuviese colgada por las muñecas... Quiero llegar a ti y una fuerza extraña me detiene... Traigo paz para tu espíritu... Conozco tus pensamientos y tus temores... Por esto he regresado.

Peter sentía también que la figura de Mary se iba desdibujando. Solamente podía ver de ella una luz luminosa que se irradiaba en torno a su persona.

—¿Mé oyes, Peter?—le preguntó Mary—. Tenemos tanto que decirnos y hay tan poco tiempo... Te estoy esperando, Peter.

Peter no la veía ya, pero oía claramente su voz que lo llamaba y le preguntó:

—¿Es verdad que existe el más allá?

—Antes no hubiera podido decirte, pero aquí hay tanta belleza que no existen palabras para expresarla... Es un bienestar tan grande... Siento crecer las flores y oigo las campanas doblar por la vida y la muerte... Ahora es cuando empezarás a vivir y a gozar de la dicha de nuestro amor... Esto es lo que quería decirte...

Adiós, bien mío... No más miedo... No más dolor... Descansa un poco y luego estaremos juntos para siempre..., para siempre...

—Espera, Mary—suspiró Peter.
—Yo te sigo... Quiero que siempre estemos juntos.

Y en el mismo instante en que Mary exhalaba su último suspiro,

en aquel mismo momento Peter dejaba de existir. Sus almas, tan gemelas, habían ido a unirse en el más allá, donde su amor no encontraría las trabas que el mundo le había impuesto y en donde podrían vivir eternamente aquel idilio tantas veces soñado.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

EN PERSONA

Creación de la escultural
e incomparable **GINGER ROGERS**
y **GEORGE BRENT**

A ruego de numerosos lectores de Ediciones
BIBLIOTECA FILMS y debido a la amabilidad
de la Dirección de la *Producers RADIO FILMS*
hemos conseguido adelantar la publicación de

EN PERSONA

que debido al grandioso éxito del film,
el éxito de la novela está asegurado.

EN P R E N S A :

EL PEQUEÑO LORD

Superproducción
Artistas Asociados

Encantadora y grandiosa novela, llena de
ternura y de simpatía, creación del juvenil
astro **FREDDIE BARTHOLOMEW**
y Dolores Costello - Barrymore

PROXIMAMENTE:

Mi ex-mujer y yo

William Powell
y Jean Arthur

El asesino invisible

Margot Grahame
Walter Abel y

Maria Stuardo

Sigamos la flota

No dejes de leer los
últimos éxitos de
la temporada en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

La novela cinematográfica eterna

Precio: 1' - peseta tomo

Brigada Secreta

Jean Mural - Vera Korana

La última cita

Lluana Alcañiz - José Crespó

La reina mora

M. Arlas - P. Terol - R. Rodrigo

El ángel de las tinieblas

F. Marc - M. Oberon - H. Marshall

La última avanzada

C. Grant - G. Michael - C. Raina

Precio: 1'25 peseta tomo

María de la O

P. Imperio - A. Moreno - C. Amaya

Los marinos de Cronstadt

La defensa de Petrogrado
por el Ejército Rojo.

La millona

Lina Yegros - Ramón de Santmend

Sueño de amor eterno

Gary Cooper - Ann Harding

PRENDOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 787.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Reciben cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO

(El primero en su género
y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Arceena Maizani
Goyita Herrero
Inesita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugasot, Demare
Eduardo Blanco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Muzaldi, Noda
Tania-Discépolo
Eno. Spaventa

FILMS SONOROS

Jeanette Mac. Donald
Lilián Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Anber
Mis Voz 1935
Isabelita Pradas
Maurice Chevalier
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat

TIPLES

Enriqueta Serrano
María Espinolt

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Fleta
Emilio Vendrell
Tito Folgar
Juan García

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito
Pablo Hertzog

HAJOS

Pablo Gorgé

VEDETTES DE REVISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Pinillos
Conchita de Leonardo

EXCENTRICOS

Bianca Negri
Ranper
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y CUPLETISTAS

Raquel Meller
Carmen Flores
Mercedes Serós
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
«La Yankee»

CANTE JONDO

Pastora Imperio
La copla andaluza
Custodia Romero
«Argentinitas»
Rosarito de Triana
Conchita Martínez
Niña de Linares
Lola Cabello
Niño de Marchena
Angelillo

Canalejas
Guerrita
Niño de Talavera
El Americano
Niño de Ultera
Miguel de Molina

JOTAS ARAGONESAS

Felisa Galé

RUMBAS Y CANTOS CUBANOS

Josefina Baker
Elale Bayrón
Alberto II Bibera

CANCIONES MEXICANAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AMERICANAS Y DE JAZZ

Trini Moren
Steffi Dana y
Don Alvarado
Celeste Grijó

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES FRIVOLAS

(No aptas para señoras)

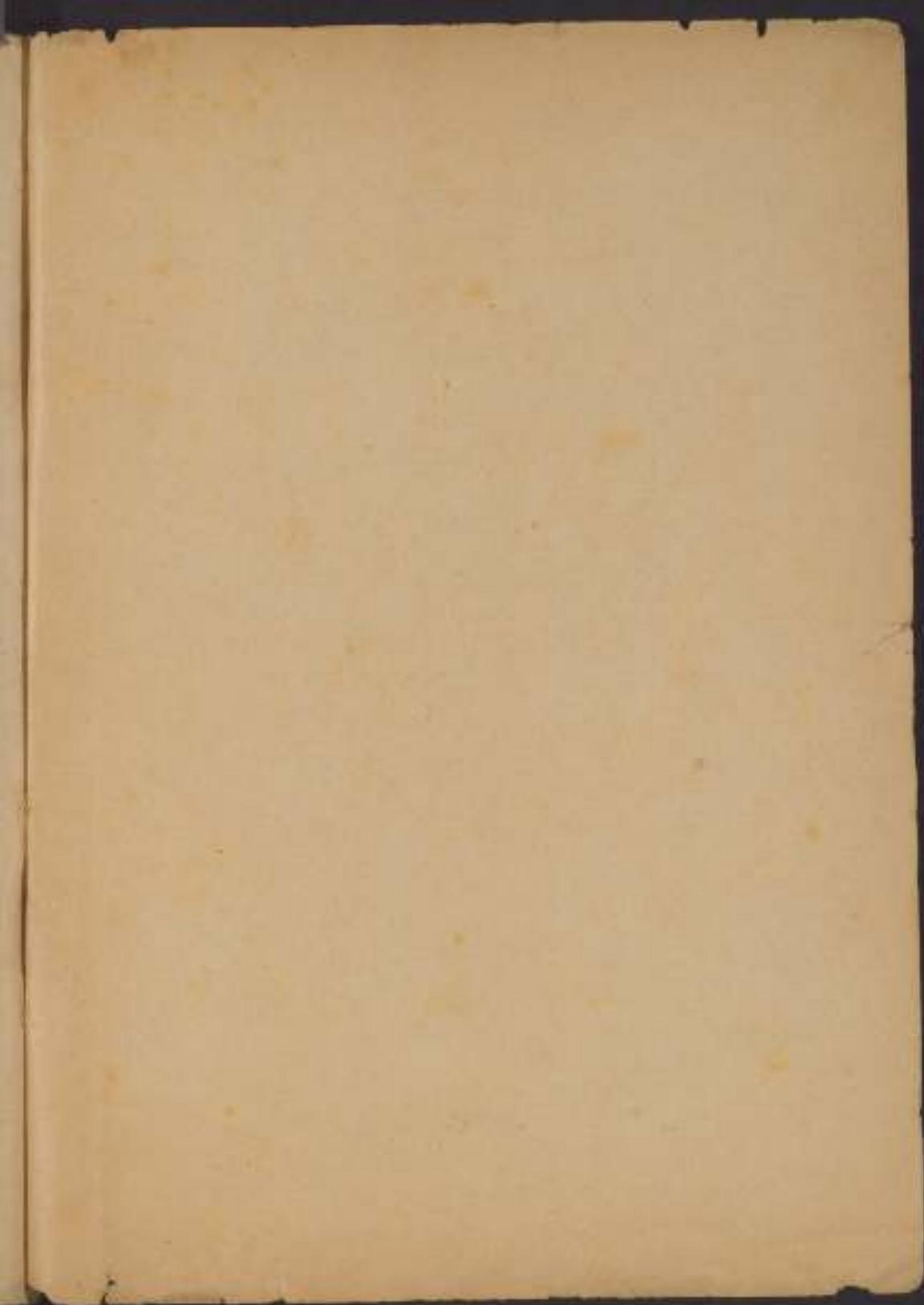
Olimpia de Córdoba
La Fornarina

IMITADORES DE ESTRELLAS

Vianor
Bertini

PEDIDOS A Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servicio pñmeras sencillos y colecciones completas, previo envío del importe en billos de correo. Recitas claro cobrimos para el certificado. Franqueo gratis



EDITORIAL
"ALAS"